

LLUVIA DIABOLICA

Joseph Berna

CIENCIA FICCION



LLUVIA DIABOLICA

Joseph Berna

CIENCIA FICCION


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

458 — Meteoritos invasores — Ralph Barby.

459 — El planeta fantasma — Joseph Berna.

460 — Negras aguas de muerte — Ray Lester.

461 — Espaciópolis — Curtis Garland.

462 — Cautivo de las hembras Leax — Ralph Barby

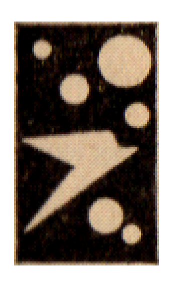
JOSEPH BERNA

LLUVIA DIABOLICA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º463

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 15.012 - 1979

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición:junio, 1979

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

Corría la primavera del año 1998.

Albert Broner, propietario de una pequeña granja, ubicada al sur de San Diego, California, estaba dando de comer a los diversos animales.

La mañana era clara y luminosa, y la temperatura, ideal.

Tal vez por eso Albert Broner, un hombre de estatura corriente, ancho de hombros y musculoso, pero casi calvo ya, pese a que sólo contaba cuarenta y dos años de edad, canturreaba alegremente mientras realizaba su tarea.

Denise, su mujer, delgada y esbelta, le miró y sonrió.

Se hallaba junto a la casa, regando las plantas que circundaban la sólida construcción de madera. Unas plantas altas y vigorosas, con flores de variado colorido.

Eran el orgullo de Denise, que las cuidaba con el mismo mimo y cariño con que hubiera cuidado a sus hijos, caso de que Dios se los hubiese dado.

Pero no había sido así.

Albert y ella llevaban dieciséis años casados, y pese a que lo habían intentado por todos los medios —naturalmente, por supuesto—, la «cigüeña» seguía haciéndose la remolona y no se decidía a visitarles.

Denise, sin embargo, no había perdido totalmente las esperanzas.

Sólo tenía treinta y siete años, y era una mujer sana y fuerte.

Aún podía tener un hijo.

Lo deseaba tanto…

Albert Broner se dio cuenta de que su mujer le observaba fijamente.

—¿Ocurre algo, querida?

Denise movió la cabeza en sentido negativo.

—Nada, cariño.

—¿Y por qué me miras así?

—Te veo muy contento esta mañana.

—Y lo estoy —sonrió ampliamente Albert—. Es primavera, luce un sol maravilloso, los pájaros cantan…

—Oh, vamos, no seas cursi —rió Denise.

—¡Eh! ¿Por qué me llamas cursi? —pareció enfadarse Albert.

—Parece que estés recitando una poesía.

—Tienes ganas de pincharme, ¿eh, Denise?

—Pues sí, mira —volvió a reír Denise, que sabía que su esposo no estaba en absoluto enfadado.

Y era cierto.

Sólo fingía estarlo.

Y lo fingía porque eso le servía de pretexto para acercarse a ella y tener una riña tan cariñosa como divertida.

Era lo que más le gustaba a Albert.

A Denise también le complacía, de ahí que de vez en cuando le provocase deliberadamente.

Albert, con el ceño fruncido, caminó decididamente hacia ella.

Denise le apuntó con la manguera, cuya boca estaba cerrada.

—No te acerques en plan gorila o te pongo como una sopa, Albert —amenazó.

—Atrévete a mojarme la calva y te arranco las nalgas a pellizcos —advirtió su marido, cuyo gesto, de tan fiero que pretendía ser, resultaba cómico.

—No des un paso más.

Albert no se detuvo.

—¡Muy bien, tú lo has querido! —dijo Denise, y accionó la boca de la delgada manguera.

El agua salió bruscamente, con mucha fuerza.

Menos mal que no surgía a chorro, sino esparcida.

De todos modos, mojó rápidamente a Albert, desde la calva a los tobillos.

Este, aunque cegado por el agua, siguió avanzando hacia su esposa, a la cual atrapó y derribó sobre la franja de verde césped que rodeaba la casa.

Albert quedó encima de Denise.

—¡Te cacé, bribona! —gritó con voz de triunfo.

—¡Suéltame, salvaje! —exigió Denise, que apenas podía contener la risa.

—¡Yo te enseñaré a respetar a tu esposo!

—¡Quítate de encima, energúmeno!

—¡Cuando haya cumplido mi amenaza!

—¡No me pellizques las nalgas!

—¡Te las voy a poner azules!

—¡Bruto, más que bruto!

—¡Te advertí que no me mojaras la calva!

—¡Una ducha no hace daño, pero los pellizcos sí!

Albert dejó de pellizcar las aún prietas posaderas de su esposa y, abandonando su fingido gesto de fiereza, preguntó:

—¿De veras te he hecho daño, cariño?

Denise le sonrió amorosamente.

—Ninguno, Albert. Tú pellizcas con mucha delicadeza.

—La primera novia que tuve, no opinaba lo mismo.

—Porque no la querrías tanto como a mí.

—Ni la mitad —sonrió Albert, y la besó largamente en los labios.

Denise le pasó los brazos por el cuello y correspondió a la caricia.

La mano de Albert se deslizó por debajo de la liviana blusa y alcanzó el busto femenino, firme y armonioso todavía.

Denise le empujó, obligándole a separar su boca de la de ella.

—Albert… —pronunció, como asombrada.

—¿Qué? —preguntó él, con pícaro gesto y sin retirar la mano.

—¿Puedo saber qué te propones?

—Hacerte el amor.

—¿A las once de la mañana…?

—¿Hay alguna ley que prohíba hacerlo a esta hora?

—No, claro. Pero…

—Es primavera, querida, y con la llegada de esta maravillosa estación, ya se sabe.

—Ni que tuvieras dieciocho años.

—Así de joven me siento, te lo aseguro.

—Tonto —rió Denise.

Albert la besó en la boca, en los pómulos, en las orejas, en el cuello, en el escote, todo ello sin dejar de acariciarle hábilmente el pecho, libre ya del sujetador.

A Denise se le escapó un gemido de placer.

—Albert, por favor… —rogó quedamente.

—No irás a rechazarme, ¿verdad, tesoro?

—Debería hacerlo.

—Sería toda una faena.

—Sí, supongo que sí, dado el ardor que demuestras —sonrió Denise.

—Qué comprensiva eres —dijo Albert, que no dejaba de besarla y acariciarla.

—Albert…

—¿Sí, cariño?

—¿No crees que deberíamos entrar en la casa?

—¿Para qué, si estamos la mar de cómodos aquí? No hay mejor colchón que un fresco y tupido césped.

—¿Y si de pronto apareciera alguien?

—No hay cuidado, por aquí nunca viene nadie.

—Sigo pensando que…, que…

—¿Qué? —preguntó Albert, mordisqueándole un punto muy sensible.

Denise cerró los ojos dulcemente y musitó:

—Olvídalo, ya no pienso nada.

Albert, muy contento, siguió cubriendo el cuerpo de su esposa de expertas caricias.

De pronto, la luminosidad de la mañana empezó a decrecer.

Albert, extrañado, levantó la cabeza hacia el cielo.

Una nube, grande y extraña, estaba ocultando el sol.

Albert contempló cómo se desplazaba con rapidez.

Denise, al ver que su marido interrumpía las caricias, precisamente

cuando ella más las deseaba, abrió los ojos.

—¿Qué ocurre, cariño?

—Observa qué nubarrón tan extraño, Denise.

—Está cubriendo completamente el sol…

—Sí, y viene directo hacia la granja.

—Con la mañana tan espléndida que hacía… —suspiró Denise—. ¿Crees que lloverá, Albert?

—Es posible que sí. Esa nube parece traer las peores intenciones.

—Tendremos que entrar en la casa, pues.

—Sí, vamos. Hacer el amor bajo un aguacero, no debe resultar muy divertido.

Se levantaron los dos y se refugiaron en la casa.

Tan sólo unos segundos después, la extraña nube pareció desgarrarse de golpe y empezaron a caer auténticas cataratas de agua.

La cortina que formaban las gruesas gotas era tan espesa, que no dejaba ver nada a más de un metro.

Denise, visiblemente asustada, se abrazó a su marido.

—Tengo miedo, Albert.

Este la estrechó cariñosamente.

—Pasará en seguida, ya lo verás.

—Nunca había visto llover así.

—Ni yo.

—Los animales que no hayan tenido tiempo de ponerse a cubierto, morirán.

—Me temo que sí, Denise. Esta lluvia tan terrible no podríamos resistirla ni nosotros.

—Menos mal que entramos en la casa —se estremeció ella.

Estrechamente abrazados, Albert y Denise aguardaron a que aquella especie de diluvio cesase.

Por fortuna, eso sucedía a los pocos minutos.

Y fue tan extraño como cuando comenzó, pues la tromba de agua cesó súbitamente, como si alguien hubiese echado una gigantesca compuerta al nubarrón.

Nubarrón que, rápidamente, se fue alejando.

El sol asomó de nuevo, lanzando sus caloríficos rayos sobre la encharcada propiedad de los Broner.

Albert y Denise salieron de la casa, deseosos de averiguar el daño que la violenta lluvia había causado a los animales de la granja.

Había sido considerable.

Un buen número de pavos, conejos y gallinas yacían sobre el barro que se había formado en sus respectivos recintos, esparcidos, algunos de ellos muy cerca de los lugares en donde, de haber tenido tiempo de resguardarse de la torrencial lluvia, se hubiesen librado de aquella horrible muerte.

—Qué horror, Albert... —musitó Denise, sintiendo unos enormes deseos de echarse a llorar.

—Sí, es espantoso —convino gravemente Albert.

Repentinamente, Denise dio un respingo.

—¡Albert! —gritó, dilatando al máximo los ojos.

—¿Qué sucede? —se sobresaltó su marido.

—¡Uno de los pavos muertos está aumentando de tamaño!

—¿Qué...? —exclamó Albert, creyendo no haber oído bien.

—¡Sí, aquél, aquél! —Denise lo señaló con su tembloroso brazo.

Albert observó el animal que le indicaba su mujer.

Tuvo que frotarse los ojos con fuerza, antes de admitir como real lo que estaba sucediendo con el pavo muerto.

¡Era cierto!

¡El animal aumentaba de tamaño!

¡Y con asombrosa rapidez!

Atentos los dos a aquel pavo, no se dieron cuenta de que al resto de los animales muertos les estaba sucediendo lo mismo.

Denise fue la primera en reparar en ello.

—¡Albert! —chilló, aterrada.

Albert descubrió también el increíble espectáculo.

Quedó tan estupefacto, que no fue capaz de pronunciar palabra.

Pero, si sorprendente era presenciar cómo aumentaban de tamaño los animales muertos por la fortísima lluvia, mucho más sorprendente aún fue ver cómo todos ellos volvían a la vida.

¡Sí!

¡Los animales, aparentemente muertos hasta entonces, se estaban poniendo en pie!

¡Y sus cuerpos seguían creciendo!

Entonces comenzó el verdadero horror.

Sí, porque los animales no sólo se estaban volviendo gigantescos, sino fieros y agresivos.

Uno de los pavos, grande ya como un avestruz, le arreó un picotazo a otro en el cuello, tan feroz, que prácticamente lo degolló.

Fue el comienzo de la lucha en el recinto de los pavos.

Una lucha cruel, sanguinaria y despiadada, en la que intervenían todos los animales que habían sufrido aquella sorprendente mutación.

Algo similar ocurrió en el recinto de los conejos.

Y en el de las gallinas.

Era alucinante ver morderse entre sí a conejos grandes como jabalíes, arrearse tremendos picotazos a gallinas más grandes aún que

los jabalíes, y picotearse también, más terroríficamente todavía, a unos pavos que ya superaban en tamaño al mayor de los avestruces.

Cada picotazo era un auténtico hachazo.

Los animales que no habían sufrido aquella increíble mutación, fueron rápidamente devorados por los quehabían multiplicado su tamaño y adquirido aquella aterradora fiereza.

Los recintos que albergaban a los animales empezaron a ser derribados por éstos, en su estremecedora lucha, y algunos de ellos los abandonaron.

Albert y Denise, que habían permanecido quietos como estatuas, contemplando atónitos el alucinante espectáculo, reaccionaron ante el peligro que suponía el verse frente a aquellos feroces animales.

—¡Entremos en la casa, rápido! —gritó Albert, cogiendo de la mano a su mujer y tirando de ella.

Corrieron los dos todo lo aprisa que pudieron.

Fatalmente, Denise resbaló, a causa de la reciente lluvia, y cayó cuan larga era en el suelo.

—¡Albert! —chilló horrorizada, al descubrir que uno de los gigantescos conejos corría hacia ellos con asombrosa velocidad.

Albert se apresuró a levantarla.

Pero ya era tarde.

El enorme conejo saltó sobre Denise, a la cual tumbó de espaldas con su impulso.

Denise lanzó un alarido desgarrador al sentir en su pecho los feroces dientes del animal.

—¡Denise…! —rugió Albert, y se arrojó valientemente sobre el lomo del monstruoso conejo, cuyo cuello aprisionó con sus vigorosos brazos.

Consiguió quitárselo de encima a Denise, que seguía lanzando aullidos de dolor, plenamente justificados, pues el animal le había destrozado el seno izquierdo.

Desgraciadamente, la heroica acción de Albert Broner no sirvió de

nada, ya que otros dos conejos gigantes cayeron sobre él y su esposa.

Y, segundos después, acudían varios animales más, ansiosos de tomar parte en el festín, el cual se disputaron ferozmente, pereciendo incluso algunos de ellos.

Albert y Denise fueron devorados por los más fuertes.

Por los más crueles.

Por los más sanguinarios...

CAPITULO II

DaveSheldon, oficial de la policía de San Diego, abandonó la comisaría.

Era un tipo alto y atlético, moreno, de rostro socarrón.

Dentro de poco cumpliría los veintiséis años.

Ya en la calle, Dave se colocó las gafas de sol y caminó hacia su automóvil.

De pronto, alguien le llamó:

—¡Oficial!

Dave se detuvo y giró la cabeza.

A través de los oscuros cristales de las gafas de sol observó a la muchacha rubia que trotaba hacia él.

La chica, de apenas veinte años de edad, era un verdadero bombón.

Y, su trote, de lo más sugestivo.

Sí, porque hacía saltar sus jóvenes y moldeados senos, que se adivinaban totalmente libres bajo la ceñida camiseta color naranja.

También los shorts blancos, muy cortos, la ceñían lo suyo, señalando descaradamente la pronunciada curva de sus caderas,

Dave bajó la mirada y contempló los maravillosos muslos de la chica, tostados por el sol californiano.

Pese a no ser el primer par de piernas preciosas que veía en su vida, sino más bien el par ciento uno, casi se le escapó un silbido de admiración, porque, sin lugar a dudas, aquéllas superaban a todas las anteriores.

La joven rubia, que calzaba zapatos rojos de alto tacón, descubiertos, se detuvo frente a DaveSheldon, con la respiración alterada a causa de la carrerita que se había pegado.

A esto se debió el que, pese a haber dejado de trotar, sus erguidos pechos continuasen subiendo y bajando a un ritmo capaz de producir cosquillas en la sangre al más frío de los hombres.

Y DaveSheldon, de frío, nada.

De ahí que sintiera cosquillas en la sangre… y en algunos sitios más.

Dave carraspeó, mientras procuraba apartar de su pensamiento lo que estaba imaginando. Amablemente, preguntó:

—¿En qué puedo servirle, preciosa?

La chica separó los brazos todo lo que pudo y dijo:

—¡Así!

Dave pestañeó detrás de las gafas.

—¿Cómo dice?

—¡Que era así!

—¿El qué?

—¡El conejo que se me cruzó en la carretera!

Dave pestañeó otra vez.

—¿Conejo…?

—¡Sí, gigante!

Dave se quitó lentamente las gafas de sol y se las guardó en el bolsillo de la camisa.

La muchacha rubia pudo ver entonces el asombro que reflejaban

los ojos del oficial de policía.

—Conque un conejo gigante, ¿eh? —murmuró Dave.

—¡Así de largo, ya se lo he dicho! —la chica extendió los brazos de nuevo.

—Un conejo de a metro, vamos.

—¡O más! ¡Y gordo como un cerdo!

—Menudo asado se podría hacer con él, ¿eh, guapa? —sonrió Dave, que empezaba a tomarse aquello a broma.

La joven rubia frunció el ceño.

—¿No me cree usted, oficial?

—Oh, sí, por supuesto que la creo —tosió Dave.

—¿Por qué dijo lo del asado, entonces?

—Porque me encanta el asado de conejo, y ya me veía a ese hermoso animal sobre mi mesa, listo para hincarle el diente.

—De hermoso no tenía nada, se lo aseguro. Era monstruoso.

—¿Por su tamaño?

—Por la expresión de su cara. Parecía dominado por la rabia, deseoso de atacar a alguien y zampárselo con zapatos y todo.

—Menos mal que no se la zampó a usted.

—Porque iba en mi coche, que si no...

Dave se levantó ligeramente la gorra con el pulgar.

—¿Cómo se llama usted, señorita?

—Peggy Adler.

—Yo me llamo Dave; DaveSheldon.

La joven sonrió suavemente.

—Mucho gusto, oficial Sheldon.

—El gusto es mío, Peggy —repuso Dave, bajando un instante la mirada y posándola en los senos de la muchacha, tentadoramente marcados por la ajustada camiseta.

—¿No va a hacer nada, oficial Sheldon?

Dave tosió.

—Bueno, me gustaría abarcarla por la cintura y besarla en los labios, pero eso sería ir muy de prisa, ¿no?

Peggy Adler contuvo una sonrisa.

—No me refería a mí, sino al conejo —aclaró.

—Diablos, qué patinazo... —tosió de nuevo Dave.

—¿Qué piensa hacer, oficial Sheldon?

—Dar caza a ese conejote, por supuesto.

—Es lo que iba a sugerirle —sonrió la joven.

—¿Sería usted tan amable de acompañarme al lugar exacto en donde el conejo gigante se le cruzó, Peggy?

—-Lo haré con mucho gusto, oficial.

—Gracias.

—¿Me sigue en su coche?

—Prefiero que vayamos los dos en el mío, si no le importa.

—En absoluto.

—Venga, Peggy —sonrió Dave, tomándola del codo con delicadeza.

La llevó a su coche, subieron los dos a él, y Dave lo puso en marcha.

El moderno vehículo partió hacia el lugar en donde Peggy Adler aseguraba haber visto un gigantesco y fiero conejo, de cuya existencia DaveSheldon seguía dudando.

Pero la chica rubia era tan bonita y estaba tan bien formada...

CAPITULO III

Por el camino, DaveSheldon preguntó:

—¿A qué se dedica usted, Peggy?

—Soy pintora —respondió la muchacha.

—Oh, qué profesión, tan interesante...

—Bueno, para mí no es todavía una profesión. Estoy empezando, como quien dice. Pero tengo fe en mis posibilidades, y espero afianzarme en el difícil campo de la pintura. Sé que mis cuadros se venderán algún día.

—Seguro.

Peggy Adler lo miró.

—¿Cómo lo sabe, si no ha visto ninguna de mis pinturas?

—Pero la estoy viendo a usted, y una chica tan bonita no puede pintar cuadros feos.

La joven rió.

—Eso es una tontería, pero me ha gustado oírlo.

—¿Tiene usted novio, Peggy?

—No.

—Me alegro.

—¿Por qué?

—Porque así nada me impide que trate de conquistarla yo.

—De eso tiene cara, de conquistador empedernido.

Dave, distraídamente, alargó la mano y la posó sobre la rodilla izquierda de Peggy.

—¿Qué clase de cuadros pinta usted, Peggy? —preguntó, como para que la muchacha pensara en otra cosa.

—Retratos, paisajes, bodegones… De todo —respondió ella, sin retirarle la mano, aunque se la estaba mirando,

—Me gustaría verlos.

—Cuando quiera puedo mostrárselos.

—Esta tarde, si le parece —sugirió Dave, cuya mano se iba poco a poco hacia arriba, en vista de que la muchacha no protestaba por su atrevimiento.

—De acuerdo —asintió Peggy—. Mi último cuadro le encantará, estoy segura. Es un retrato, y lo he titulado: «Hombre con ojo a la funerala.»

Dave instintivamente, detuvo el audaz ascenso de su mano.

—¿Por qué lo tituló así? —preguntó.

—El modelo era un tipo muy atrevido, y al término de una de las sesiones, hallándonos los dos sentados en el diván de mi estudio, me puso la mano en el muslo.

Dave retiró la suya inmediatamente.

—¿Y qué hizo usted, le pegó un puñetazo en el ojo?

—¿Cómo lo adivinó? —sonrió Peggy, con ironía.

—Por el nombre del cuadro, claro.

—Sí, es muy significativo.

—¿No fue usted demasiado dura con el tipo?

—¿Usted cree?

—Arrearle un sopapo en el ojo, sólo porque le puso la mano en el muslo…

—Es que la mano se iba para arriba, directa adonde usted sabe.

—Ya —carraspeó Dave.

—La suya llevaba la misma dirección, ¿no?

—No, yo soy atrevido, pero no tanto.

—Lo celebro por su ojo.

—Estaba a punto de ponérmelo moreno, ¿eh? —sonrió Dave.

—Se libró usted por un pelo, oficial Sheldon.

—No volveré a tomarme libertades, se lo prometo.

—Así lo espero —sonrió también Peggy.

Minutos después, Peggy Adler exclamaba:

—¡Aquí fue, oficial Sheldon!

DaveSheldon detuvo el coche en aquel punto de la carretera.

Una carretera de nulo tráfico, con árboles y grandes matorrales a ambos lados.

Dave tomó su rifle y salió del vehículo.

—Usted espere en el coche, Peggy —indicó.

—Tenga cuidado, oficial Sheldon —rogó la joven, visiblemente preocupada.

—¿Por qué no me llama Dave? —le sonrió él.

—Si usted lo prefiere…

—Se lo ruego…

Peggy le devolvió la sonrisa.

—Lleve cuidado, Dave.

—Cazaré al conejote, no se preocupe. Y nos lo comeremos para

cenar.

—Estaríamos cenando conejo toda la semana y no nos lo terminaríamos.

—Usted no sabe lo comilón que soy yo.

—Pero sé cómo es de grandote el conejo.

—Voy a ver si lo encuentro —dijo Dave, y se alejó por entre los árboles y los matorrales.

Peggy, al quedarse sola, sintió un poco de miedo.

El conejo gigante podía aparecer de pronto y…

Miró con ojos asustados a ambos lados de la carretera, sintiendo que el vello se le erizaba.

Súbitamente, un enorme animal surgió por el lado opuesto al que había tomado DaveSheldon.

Peggy Adler abrió la boca, mucho más estupefacta que aterrada.

¡Era un pavo!

¡Un pavo gigantesco!

Peggy pestañeó varias veces.

¿Qué diablos ocurría en aquella zona del sur de San Diego?

¿Por qué los animales eran allí varias veces mayores de lo normal?

Mayores… ¡y fieros!

Esto último se puso de manifiesto en seguida, pues el colosal pavo se lanzó hacia el coche, los ojos brillantes de furia, como si acabara de ser atropellado por éste.

Peggy creyó desvanecerse de pánico.

Por fortuna, superó el terror que sentía y actuó con lógica, pulsando el resorte que cerraba automáticamente el cristal de la ventanilla.

El gigantesco pavo lo picoteó varias veces.

El cristal, irrompible, resistió perfectamente los tremendos picotazos.

El pavo, que no tenía una pluma de tonto, rodeó rápidamente el coche, para atacar a su víctima por la ventanilla opuesta, abierta todavía.

Peggy dio un chillido y se apresuró a cerrarla.

Le vino muy justo.

Tan justo, que casi le pilla la cabezota al animal.

El pavo, rabioso, picoteó repetidamente el cristal, pero no consiguió nada.

Peggy, que no sabía si el feroz animal podría finalmente vencer la solidez del cristal, hizo sonar la sirena del coche.

El pavo gigante pegó un gran brinco y, terriblemente asustado por el agudo ulular de la sirena, emprendió una veloz carrera, perdiéndose rápidamente por entre los árboles y los altos arbustos.

* * *

DaveSheldon respingó al oír la sirena de su coche. Adivinó que algo sucedía y echó a correr hacia la carretera.

La alcanzó en sólo unos segundos, pues no se había alejado mucho de ella.

Se quedó parado al ver que cerca del coche no había nada ni nadie.

¿Por qué diablos sonaba la sirena, entonces?

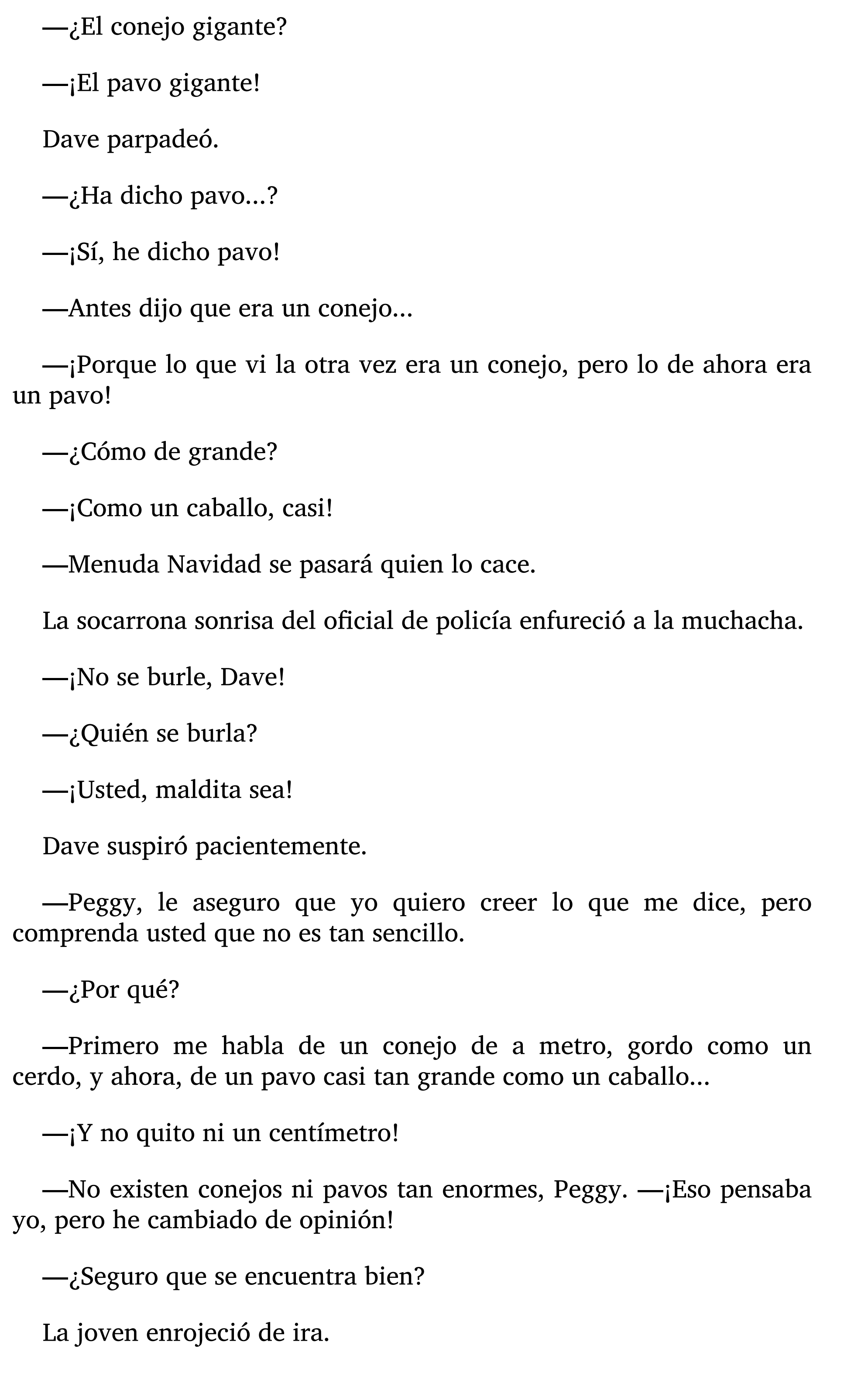
Peggy Adler, al descubrirle, le pidió nerviosamente que se acercara.

Dave se aproximó al coche y abrió la portezuela de la izquierda, cerrando antes de nada la sirena.

—¿Qué ocurre, Peggy?

La muchacha, aterrorizada todavía, extendió el brazo e indicó:

—¡Se ha ido por allí!



—¿El conejo gigante?

—¡El pavo gigante!

Dave parpadeó.

—¿Ha dicho pavo...?

—¡Sí, he dicho pavo!

—Antes dijo que era un conejo...

—¡Porque lo que vi la otra vez era un conejo, pero lo de ahora era un pavo!

—¿Cómo de grande?

—¡Como un caballo, casi!

—Menuda Navidad se pasará quien lo cace.

La socarrona sonrisa del oficial de policía enfureció a la muchacha.

—¡No se burle, Dave!

—¿Quién se burla?

—¡Usted, maldita sea!

Dave suspiró pacientemente.

—Peggy, le aseguro que yo quiero creer lo que me dice, pero comprenda usted que no es tan sencillo.

—¿Por qué?

—Primero me habla de un conejo de a metro, gordo como un cerdo, y ahora, de un pavo casi tan grande como un caballo...

—¡Y no quito ni un centímetro!

—No existen conejos ni pavos tan enormes, Peggy. —¡Eso pensaba yo, pero he cambiado de opinión!

—¿Seguro que se encuentra bien?

La joven enrojeció de ira.

—¿Está insinuando que veo visiones?

—No quisiera pensar eso, pero…

—¡Yo no estoy mal de la cabeza, oficial Sheldon!

—Dave, por favor.

—¡Ya no quiero llamarle Dave!

—No se excite, se lo ruego.

—¿No se excitaría usted, si alguien le dijese, sutilmente, que está como una regadera?

—Yo no pienso eso de usted, Peggy.

—¡Claro que lo piensa! ¡Y no cambiará de parecer hasta que no vea con sus propios ojos el conejo o el pavo gigante!

Dave suspiró.

—¿Por dónde dice que se fue?

—¡Por allí! —señaló de nuevo la muchacha.

—¿El pavo o el conejo?

—¡Su padre!

Dave tosió.

—Perdone, no era mi intención molestarla, Peggy. Es que me estoy liando, y ya no sé si vio primero al conejo y luego al pavo o viceversa.

La joven apretó los dientes con rabia.

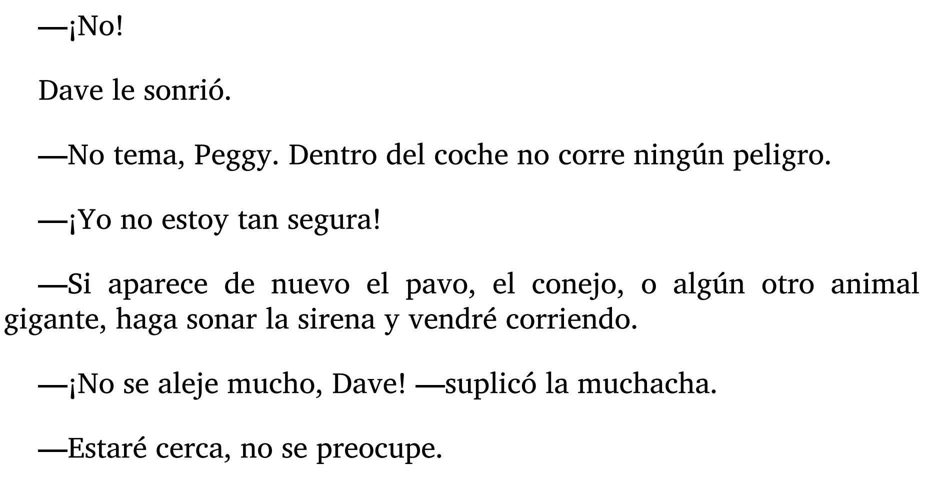
—¡Primero vi al conejo, y hace unos minutos, al pavo!

—Voy por él.

Peggy respingó.

—¡No me deje sola, Dave!… —rogó, llamándole de nuevo por su nombre.

—¿Prefiere venir conmigo?



—¡No!

Dave le sonrió.

—No tema, Peggy. Dentro del coche no corre ningún peligro.

—¡Yo no estoy tan segura!

—Si aparece de nuevo el pavo, el conejo, o algún otro animal gigante, haga sonar la sirena y vendré corriendo.

—¡No se aleje mucho, Dave! —suplicó la muchacha.

—Estaré cerca, no se preocupe.

Dave se metió por entre los árboles.

No sabía qué pensar.

Peggy parecía una persona absolutamente normal.

Menos cuando hablaba de conejos y pavos gigantes, claro.

Dave seguía sin creer en su existencia.

Apenas se había alejado unos cincuenta metros de la carretera, cuando la sirena del coche empezó a sonar.

Dave dio media vuelta y corrió a toda prisa.

Cuando alcanzó la carretera, no encontró la causa de que la sirena sonase.

Ningún peligro amenazaba a Peggy.

La joven, sin embargo, tenía el terror plasmado en su rostro.

Dave corrió hacia el coche, abrió la portezuela, y desconectó la sirena.

Peggy, muy pálida, apuntó con el brazo hacia los árboles por entre los cuales se adentrara el oficial de policía la primera vez,

—¡Por allí! —gritó.

—¿El pavo o el conejo?

—¡La gallina!

—¿Turuleta?

—¡Turucuernos! —rugió la joven, devorándolo literalmente con los ojos.

Dave exhaló un hondo suspiro y se metió en el coche.

—Lo siento, Peggy, pero es que esto ya es demasiado.

—¡Le juro que esta vez era una gallina!

—Gigante, claro.

—¡Casi tanto como el pavo!

—Pondrá unos huevos como balones de rugby.

—¡No se lo he preguntado!

—A lo mejor le hubiera contestado.

—¿A que me meto otra vez con su padre? —advirtió la muchacha, los ojos chisporreantes de furia.

Dave la miró con gesto resignado.

—Métase con quien quiera, Peggy, pero yo no la creo. Me gustaría, créame, pero no puedo. Primero el conejo,luego el pavo, ahora la gallina... Como le he dicho antes, es demasiado, demasiado...

La joven se apuntó los ojos.

—¡Los he visto con éstos, Dave!

—Ha creído verlos, que no es lo mismo.

—¡Eran reales, Dave, se lo juro!

El oficial movió la cabeza.

—No, Peggy, no. Fue todo producto de su imaginación.

La muchacha le mostró las uñas.

—¡Vuelva a insinuar que estoy loca y le araño la cara!

Dave desvió la mirada y guardó un significativo silencio.

Peggy, colérica, rugió:

—¡Vaya en busca de la gallina gigante, oficial Sheldon! ¡O del pavo! ¡O del conejo! ¡Sólo encontrando a alguno de ellos se convencerá, maldito cabezota!

—Prefiero esperar aquí a que aparezca el pato.

—¿Pato? —repitió la joven, pestañeando.

—Ahora le toca salir a él, ¿no?

Peggy lanzó un rugido.

—¡Ya no aguanto más, guasón del demonio! —barbotó, lanzándose sobre el oficial de la policía como una tigresa.

Dave trató de sujetarla.

—¡Cálmese, Peggy! —rogó.

Ella, lejos de calmarse, gritó:

—¡Le voy a romper la nariz!

—¡Que está prohibido atacar a la autoridad!

—¡Me río yo de esa prohibición!

—¡Peggy, por favor!

—¡Tome, maldito, tome!

Dave no tuvo más remedio que emplearse a fondo, porque la muchacha tenía mucho nervio.

De un violento empujón la tumbó en el asiento y le sujetó los brazos.

—¡Ya está bien, Peggy! —dijo, autoritario.

—¡Suélteme! —ordenó ella, debatiéndose como una fiera.

—No la soltaré si no se calma.

—¡No me calmaré hasta que no le ponga un ojo a la funerala!

—Ese cuadro ya lo tiene.

—¡Pues le pondré los dos, y pintaré uno nuevo!

—Tranquilícese y le prometo que no volveré a burlarme de usted.

—¡Lo del pato fue ya el colmo!

—Retiro lo del pato. Y todo lo demás.

—¡Ya es tarde para eso!

—Está bien, usted lo ha querido —suspiró Dave, quien seguidamente se inclinó sobre ella y la besó en los labios.

Peggy, que no se esperaba aquello, quedó tan desconcertada que no acertó a reaccionar.

Cuando quiso rechazar el beso, éste se había vuelto tan apasionado y tan experto que no tuvo fuerzas para interrumpirlo, y se dejó besar dócilmente.

De pronto, cuando más profundo y excitante era el beso, alguien arañó el cristal de la ventanilla de aquel lado.

Dave levantó la cabeza bruscamente.

Dio un fuerte respingo al descubrir, pegadas al cristal, la cabeza y las patas de un conejo.

¡Y qué conejo!

¡Era tan gigantesco como Peggy lo había descrito!

CAPITULO IV

Con todo, lo que causaba pavor no era su tamaño, sino la expresión de su cara.

Ya no podía ser más fiera.

Los ojos le brillaban con tanta fuerza que más parecían dos círculos de fuego, y mantenía la boca abierta, mostrando sus feroces dientes.

No, Peggy Adler no había exagerado un ápice al decir que el conejo gigante que a ella se le cruzara en la carretera era monstruoso y parecía deseoso de atacar a alguien y zampárselo con zapatos y todo.

De hecho, ya les estaba atacando a ellos.

Y su propósito de devorarlos era evidente.

Por fortuna, los sólidos cristales de las ventanillas les mantenían a salvo de sus enormes y destellantes dientes.

Pero a DaveSheldon no le bastaba con eso.

Él era un oficial de policía, y tenía la obligación de matar al gigantesco roedor, para impedir que éste pudiera atacar a otras personas y convertirlas en pedazos.

Por eso, sin pérdida de tiempo, pero con la seguridad y el aplomo que la situación exigía, empuñó su rifle con firmeza y salió del coche.

—¡No sea loco, Dave! —chilló Peggy Adler, que yahabía descubierto también la presencia del feroz conejo.

El animal retiró sus patas del cristal y atacó a Sheldon, saltando espectacularmente por encima del morro del automóvil.

El oficial accionó el gatillo frenéticamente, al tiempo que saltaba de lado con asombrosa agilidad, para esquivar la poderosa acometida del espeluznante roedor.

Este chilló agudamente al recibir en su cuerpo mu tado las balas explosivas que Dave, certeramente, le envió.

El animal cayó con estrépito sobre la carretera y dio varias vueltas sobre sí mismo, hasta que Chocó contra un árbol.

Y allí quedó, con sus visceras destrozadas por el efecto explosivo de los proyectiles, patas arriba y con las fauces horriblemente abiertas.

Dave lo observó fijamente unos segundos, resistiéndose todavía a creer que pudiera existir un conejo de tamañas proporciones y con aquella insólita agresividad.

Pero no había más remedio que admitirlo.

El animal estaba allí, a sólo unos metros de él, muerto.

Su colosal cuerpo era una prueba irrefutable.

Y, si ya no podía dudar de la existencia de conejos gigantes, tampoco tenía por qué dudar de la existencia de pavos y gallinas igualmente gigantes.

Peggy juraba que los había visto.

Y él sabía ahora que la muchacha ni mentía ni estaba mal de la cabeza.

Dave se volvió.

Peggy contemplaba, pálida y con los ojos muy abiertos, el cuerpo sin vida del monstruoso roedor, por el cristal de la ventanilla.

Dave se acercó al coche y tiró de la portezuela, sentándose en el asiento, junto a la temblorosa muchacha.

—Le ruego que me disculpe, Peggy. Estaba usted en lo cierto, existen conejos gigantes y dominados por la rabia.

—Y pavos. Y gallinas… —murmuró ella.

—Sí, tampoco lo dudo.

—Y usted que pensaba que estaba loca…

—Ya le he pedido disculpas, Peggy.

—Y yo se las acepto, Dave. Pero debería disculparse por algo más, ¿no?

—¿Por qué?

—Me besó, cuando me tenía sujeta.

Dave carraspeó.

—Fue un beso medicinal, Peggy.

—¿Medicinal…?

—No hallaba el modo de calmarla con palabras, y pensé que tal vez con un beso…

—Ya.

—Dio resultado, reconózcalo.

—Sí, admito que produjo el efecto deseado por usted, pero rechazo de plano que fuera un beso medicinal.

—¿Por qué?

Peggy sonrió atrevidamente y explicó:

—Las medicinas saben todas muy mal, y su beso sabía muy bien.

Dave sonrió también.

—¿De veras le gustó, Peggy?

—Mucho.

—¿Qué le parece si lo repetimos? —sugirió el oficial, haciendo ademán de abrazaría.

Peggy lo frenó, colocándole ambas manos en el pecho.

—¿Se ha olvidado ya del pavo y la gallina gigante, Dave?

—No.

—Esos animales son tan peligrosos como el conejo, créame.

—La creo.

—Hay que acabar con ellos.

—Tiene razón, voy en su busca.

—¡No!

Dave se quedó mirándola.

—Pero, Peggy, ¿no acaba de decir usted que...?

—Que hay que acabar con esos dos animales gigantescos y furiosos, sí, pero no debe intentarlo solo. Llame a la comisaría y cuente lo que pasa. Que manden un grupo de hombres armados con rifles.

Dave sonrió, al tiempo que movía la cabeza.

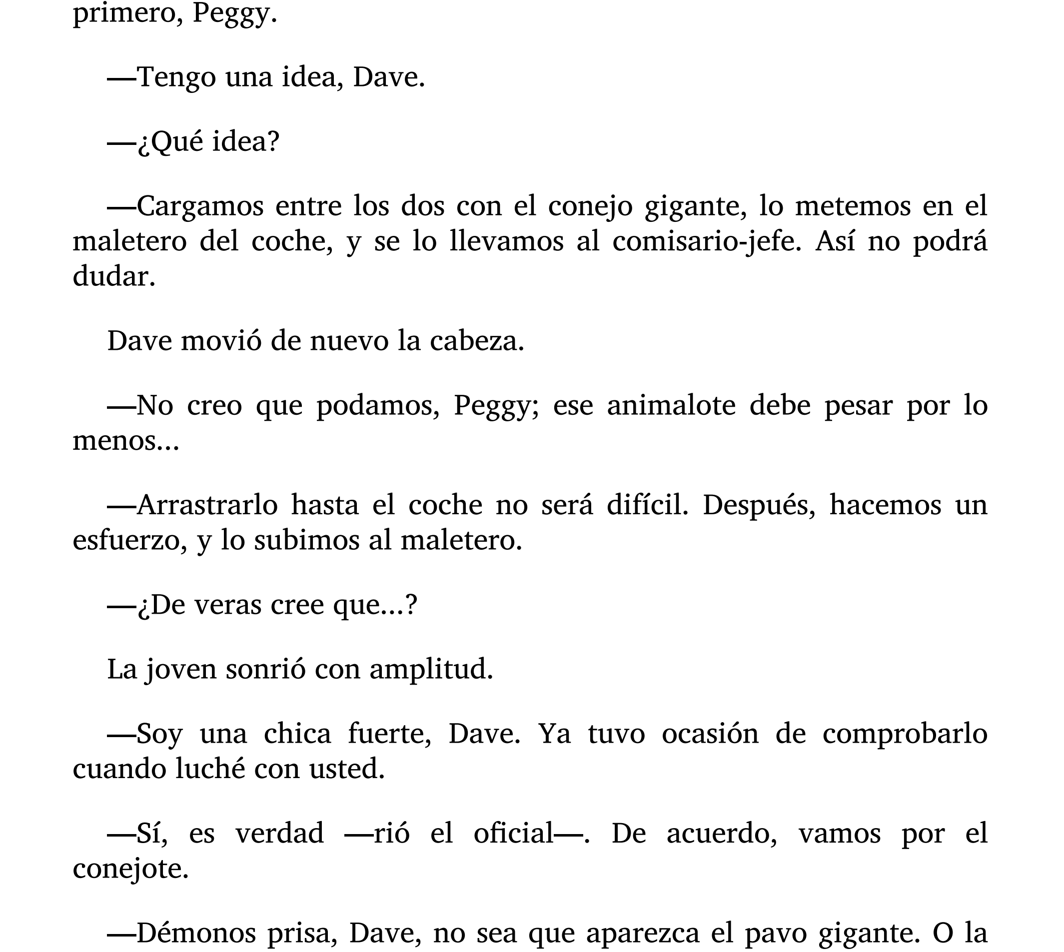
—Creerían que estoy borracho, Peggy.

—¿Borracho, hallándose de servicio...?

—O que me he vuelto loco.

—Pero...

—Para creer en la existencia de estos animales hay que verlos



primero, Peggy.

—Tengo una idea, Dave.

—¿Qué idea?

—Cargamos entre los dos con el conejo gigante, lo metemos en el maletero del coche, y se lo llevamos al comisario-jefe. Así no podrá dudar.

Dave movió de nuevo la cabeza.

—No creo que podamos, Peggy; ese animalote debe pesar por lo menos…

—Arrastrarlo hasta el coche no será difícil. Después, hacemos un esfuerzo, y lo subimos al maletero.

—¿De veras cree que…?

La joven sonrió con amplitud.

—Soy una chica fuerte, Dave. Ya tuvo ocasión de comprobarlo cuando luché con usted.

—Sí, es verdad —rió el oficial—. De acuerdo, vamos por el conejote.

—Démonos prisa, Dave, no sea que aparezca el pavo gigante. O la gallina.

—Los abatiría con mi rifle, no se preocupe.

Salieron los dos del coche y corrieron hacia el conejo muerto.

Estaban a punto de alcanzarlo, cuando el pavo gigante surgió por entre los árboles, lanzándose directamente hacia ellos.

—¡Dave! —chilló Peggy, sintiendo que las rodillas se le doblaban.

Sheldon se echó el rifle a la cara y abrió fuego contra el gigantesco pavo, cuyos ojos brillaban tan intensamente como los del conejo abatido.

El animal se desplomó, dando unos chillidos espantosos.

Se agitó unos instantes en el suelo, agónicamente, y luego quedó

rígido.

Tan muerto como el conejo.

—Bueno, ya sólo falta la gallina —suspiró Dave.

Pero el oficial se equivocaba.

Faltaba la gallina… y varios animales gigantes más.

DaveSheldon comprendió que existía más de un animal gigantesco de cada una de aquellas especies cuando vio aparecer a otro monstruoso conejo.

Peggy Adler chilló, con más fuerza que antes.

Y es que, además del segundo conejo gigante, habían aparecido otros dos pavos y una gallina, igualmente monstruosos.

CAPITULO V

Los cuatro animales mutados, surgidos por distintos puntos, corrieron velozmente hacia Dave y Peggy, ansioso cada cual de ser el primero en caer sobre las nuevas víctimas.

El más rápido, lógicamente, era el conejo, que daba unos saltos portentosos.

—¡Al suelo, Peggy! —rugió DaveSheldon, disparando ya su rifle contra el gigantesco roedor.

El animal realizó una extraña pirueta en el aire, al ser alcanzado por las balas explosivas en pleno salto, y luego se estrelló pesadamente contra el suelo, dando unos chillidos escalofriantes.

Dave apuntó a uno de los pavos gigantes, el que se hallaba más próximo, y apretó el gatillo de nuevo.

La cabezota del animal pareció estallar en pedazos al recibir los impactos, y éste se vino abajo entre chillidos de muerte.

—¡La gallina, Dave...! —gritó Peggy Adler, tumbada en el suelo.

El oficial de policía se revolvió como una centella.

La monstruosa gallina ya estaba muy cerca.

A menos de tres metros de ellos.

Dave abrió fuego contra el animal.

No esperó a ver cómo la enorme gallina se derrumbaba, pues no olvidaba que quedaba otro pavo gigante.

Dave se volvió hacia el animal.

El pavo ya caía sobre ellos.

Dave le disparó prácticamente a quemapluma.

Hizo algo más que quemarle las plumas, claro.

Le destrozó las entrañas.

El colosal pavo se desplomó a los pies del oficial emitiendo angustiosos sonidos.

Dave dio una rápida mirada a su alrededor.

No descubrió nuevos animales monstruosos, pero in tuía que había muchos más y que no tardarían en aparecer.

—¡En pie, Peggy! —indicó, ayudando a la muchachaa levantarse.

—¡Ha sido espantoso, Dave! —dijo ella, sin color en las mejillas y con un perceptible temblor que le estre mecía el cuerpo de pies a cabeza.

—¡Al coche, rápido! —gritó el oficial, tirando de la joven.

Corrieron los dos hacia el automóvil.

Estaban entrando en él, cuando surgieron varios animales gigantes por ambos lados de la carretera.

Dave puso velozmente el motor en marcha y el coche arrancó como una exhalación, burlando así el masivo ataque de los fieros animales mutados.

Peggy respiró aliviada al ver que salían con bien de tan peliaguda situación.

—Qué miedo he pasado, Dave,

—También yo lo he sentido, lo confieso —suspiró el oficial.

—Pues no se le notó en ningún momento. Qué serenidad; qué sangre fría; y qué puntería...

Dave sonrió.

—Los blancos eran tan grandes, que hubiera sido vergonzoso fallar un solo disparo.

—Yo los hubiera fallado todos, porque el rifle se habría movido en mis manos como una serpiente, a causa del pánico.

Dave rió.

—Todavía le tiemblan las rodillas —observó.

—Las rodillas y todo —rezongó Peggy, mirándose.

—¿Le doy unos apretoncitos medicínales?

—No, gracias.

—Le aseguro que sólo pensaba en sus temblores.

—¿En mis temblores... o en las cosas que me tiemblan?

Dave volvió a reír.

—Qué mal pensada es usted, Peggy.

—Y usted qué sinvergüenza.

—No se fía de mí, ¿eh?

—No me fío de nadie que a las primeras de cambio me pone la mano en la rodilla y luego la desliza muslo arriba.

—La culpa es suya, Peggy.

—¿Mía...? —exclamó la joven.

—Sí, por tener unas piernas tan esculturales. Es peligroso salir a la calle con unos remos así.

—No pretenderá que me las deje en casa, ¿verdad?

Las necesito para andar.

—Toda usted es una tentación que anda, Peggy.

—Ahora estoy sentada.

—Sigue siendo una tentación.

—Pues procure vencerla, o ya sabe lo que le pasará a su ojo.

—Que me lo pondrá oscuro, como al tipo del cuadro.

—Negro, más bien.

—Descuide, no le daré motivos para que me sacuda.

—Hablemos del conejo

—Hablemos.

—Nos lo dejamos allí.

—No tuvimos más remedio.

—¿Le creerá el comisario-jefe, si no le presenta pruebas?

—Espero que sí. No olvide que le llevo un testigo delos hechos.

—¿Se refiere a mí?

—Claro.

—Usted no me creyó.

—Es posible que el comisario-jefe dude de nuestra historia, pero sus dudas se disiparán como el humo en cuanto llegue al lugar de los sucesos y vea con sus propios ojos los cuerpos sin vida de dos conejos, tres pavos y una gallina gigantes.

—Suponiendo que no se niegue a venir…

—No puede negarse, Peggy.

La joven guardó silencio unos segundos y luego preguntó:

—¿Cómo es posible que esos animales se hayan des arrollado tanto, Dave?

—No lo sé. Quizá algún científico loco les inyectó una droga que los volvió gigantescos y fieros. Estamos a punto de alcanzar el siglo XXI, y los inventos fantásticos están a la orden del día.

—Eso no sería un invento fantástico, sino más bien monstruoso.

—Estamos de acuerdo, Peggy. Por eso, cuando me referí al hipotético científico, añadí la palabra «loco»; A un ser cuerdo jamás se le ocurriría una cosa así. Au mentar el tamaño de los animales domésticos, sí; pero volverlos fieros y agresivos…

—Esperemos que el misterio se aclare pronto, porque esos monstruosos animales pueden causar mucho daño —observó Peggy.

—Se aclarará, no se preocupe —aseguró Dave.

Norman Stamp, comisario-jefe de la policía de San Diego, un hombre de cuarenta y cuatro años de edad, sólo 1,70 de estatura, pero fuerte como un búfalo, escuchó atentamente el relato del oficial DaveSheldon, a quien no interrumpió ni una sola vez.

Cuando Dave concluyó, Stamp se levantó de su sillón, rodeó la mesa, y se situó delante del joven, a sólo un palmo escaso de él.

—Abra la boca, Sheldon —indicó.

—¿Qué? —parpadeó Dave.

—Que abra la boca.

—¿Para qué?

—Obedezca.

Dave cambió una mirada con Peggy Adler, que se hallaba a su lado.

La joven parecía tan perpleja como él.

Dave, sin entender nada, abrió la boca.

El comisario-jefe le acercó más la cara y pidió:

—Echeme el aliento.

—¿Cómo? —respingó Dave.

—Que me eche el aliento.

—¿A la cara...?

—Á la cara.

—Pero...

—Es una orden, Sheldon.

Dave, cada vez más desconcertado, hizo lo que le pedía su superior.

Norman Stamp arrugó su chata nariz y olisqueó el aire lanzado por el oficial.

—¿Huele mal? —preguntó tímidamente Dave.

—No, huele bien —repuso Stamp.

Dave sonrió, mostrando orgulloso su sana dentadura.

—Mi pasta de dientes es excelente, comisario. ¿Quiere que le diga la marca?

—No —gruñó Stamp—. La mía también es buena.

—Oh, yo creí que... —carraspeó Dave.

—Sólo quería saber si había empinado usted el codo, Sheldon.

—¿Qué...? —brincó casi Dave—. ¿Empinar el codo yo, estando de servicio...?

—Esa podía haber sido la causa de que me hablara usted de conejos, pavos y gallinas gigantes.

Dave se enfadó.

—¡No estoy borracho, comisario!

—Es evidente que no, en su aliento no hay alcohol.

—¡Todo cuanto le he contado es real, comisario Stamp! ¡La señorita Adler puede atestiguarlo!

—¡Es cierto, comisario! —corroboró Peggy—. ¡Existen esos monstruosos animales! ¡El oficial Sheldon mató a seis de ellos!

Stamp lanzó un suspiro y murmuró:

—Dos conejos, tres pavos y una gallina...

—¡Exacto! —asintió la joven.

—Tiene que creerme, comisario —habló de nuevo Da- ve—. Ignoro cómo han podido desarrollarse tanto esos animales, ni cómo han podido volverse tan feroces, pero le juro que existen. Liquidé a media docena de ellos, pero quedan más. Debemos batir esa zona y acabar con todos ellos, antes de que puedan causar víctimas.

Norman Stamp se mantuvo casi dos minutos en actitud reflexiva.

Después, dijo:

—Iremos a ese lugar, Sheldon. Pero como no encontremos ningún conejo, pavo o gallina gigantescos, sé de alguien que se habrá ganado a pulso dos semanas de arresto.

Dave respingó levemente:

—¿Yo, comisario...?

—Usted, Sheldon —asintió Stamp, apuntándole con su dedo índice, no muy largo, pero grueso como un cigarro puro.

—Pero... —murmuró el oficial.

Peggy lo cogió del brazo.

—No se preocupe, Dave. Es posible que cuando lleguemos no

encontremos ningún animal gigante vivo, pero ios cuerpos de los seis animales abatidos por usted seguirán allí y las dudas del comisario Stamp se disiparán como el humo, como usted dijo.

—Sí, tiene razón, Peggy —sonrió el joven—. Podemos partir cuando guste, comisario —dijo a su superior.

* * *

Cuatro coches de la policía se detuvieron en la desusada carretera, justo en el lugar donde DaveSheldon y Peggy Adler fueran atacados por los animales gigantes.

En el primer coche iban Dave y Peggy, que fueron los primeros en descender.

De los otros tres automóviles descendieron el comisario-jefe Norman Stamp y otros doce hombres, armados todos con rifles de balas explosivas.

Stamp observó que Dave y Peggy se quedaban de pronto parados, como si acabaran de descubrir algo que les hubiese causado una tremenda sorpresa.

Se acercó a ellos, seguido de algunos oficiales.

—¿Qué ocurre, Sheldon? ¿Se han evaporado los cuerdos de los dos superconejos, de los tres superpavos y de la supergallina…? —preguntó con guasa, porque él no los veía por ninguna parte.

Pero los vio cuando estuvo junto a Dave y Peggy, fuera ya de la carretera.

También los vieron los hombres que le habían seguido hasta allí.

De pronto, uno de los oficiales rompió a reír con fuerza.

Sus compañeros no tardaron en imitarle.

El comisario Stamp, que en principio había sentido deseos de soltarle un castañazo a DaveSheldon, pensó que la cosa, en el fondo, tenía mucha gracia, y acabó riendo también.

CAPITULO VI

DaveSheldon y Peggy Adler no reían, claro.

Para ellos, lo ocurrido no tenía nada de gracioso, y sí mucho de increíble.

Porque increíble era encontrar ahora los cuerpos sin vida de los seis animales domésticos en su tamaño natural.

Sí.

Ya no tenían nada de gigantescos y monstruosos.

Tanto el par de conejos, como los tres pavos, como la gallina, habían recobrado su forma normal.

De ahí el gesto de estupor de Dave y Peggy.

De ahí, también, las sonoras carcajadas de Norman Stamp y los oficiales que estaban con él.

Fue precisamente el comisario-jefe quien se acercó a uno de los conejos muertos y lo recogió del suelo por una oreja, mostrándolo a sus hombres con gesto burlón.

—¿No es un ejemplar realmente monstruoso, muchachos…? No es un conejo de a metro, como Sheldon decía, pero hay que reconocer que asusta lo suyo.

Las carcajadas arreciaron.

Uno de los oficiales, alto y espigado, de pelo rubio, palmeó la espalda del estupefacto Dave.

—Hacía falta mucho valor, para enfrentarse a estos «gigantescos» animales, Sheldon, y tú lo tuviste… ¿Qué le parece si pedimos una medalla para este valiente, comisario…? —bromeó el tipo.

Dave lo miró, conteniendo a duras penas la furia que se estaba apoderando de él, al tiempo que las risas ganaban de nuevo en intensidad.

—Tú vale más que le pidas hora al dentista, Flavin —mascullό.

—¿Para qué, si tengo la dentadura sana y completa?

—¡La tenías! —corrigió Dave, disparando el puño derecho.

El oficial Flavin recibió el trallazo en toda la mandíbula y se derrumbó de modo espectacular, emitiendo un gemido.

—¡Bien hecho, Dave! —exclamó Peggy Adler, y se puso a aplaudir calurosamente.

—¡Sheldon! —rugió Stamp, soltando el conejo muerto y trotando hacia el joven.

Dave lo miró, los músculos del rostro endurecidos.

—Él se lo ha buscado, comisario —dijo, antes de que éste le

recriminara por su acto.

—¡Sólo era una broma, diablos!

—No estoy para bromas, comisario.

—Flavin no quería molestarle, usted lo sabe.

—Es posible; pero me molestó.

Stamp soltó un gruñido y se volvió hacia Flavin, que estaba siendo incorporado por otros dos oficiales.

—¿Se encuentra bien, Flavin? —se interesó.

El rubio, que tenía una cara simpática, se tocó la castigada mandíbula, a la vez que la movía de un lado y otro.

—Sheldon tenía razón, voy a tener que pedir hora al dentista —rezongó, sin el menor síntoma de enfado.

—¿Le ha saltado algún diente?

—No, pero tengo dos que me bailan en la boca, sin necesidad de música.

La jocosa respuesta de Flavin hizo reír a sus compañeros.

Norman Stamp se encaró de nuevo con DaveSheldon, el gesto severo.

—Bien, Sheldon. ¿No tiene nada que decir?

—Si se refiere al puñetazo que le he propinado a Flavin, ya le he dicho que él se lo buscó.

—¡Y tanto! —opinó Peggy Adler.

—¡Me refiero a los conejos, los pavos y las gallinas gigantes! —tronó Stamp, fulminando con la mirada a la muchacha.

Dave movió la cabeza.

—No sé lo que ha pasado, comisario. Cuando yo disparé sobre ellos, su tamaño era varias veces mayor que ahora. Quizá, con la muerte, desapareció el efecto de la droga y recuperaron su tamaño normal.

El comisario Stamp arrugó la cara.

—¿Droga…? —repitió—. ¿Qué droga?

—Verá, comisario, yo pienso que estos animales se desarrollaron tanto y se volvieron fieros y agresivos porque alguien les inyectó alguna extraña sustancia —explicó Dave—. Es sólo una teoría, claro, pero…

Stamp se disponía a interrumpirle agriamente, cuando el oficial Flavin gritó:

—¡Es cierto, comisario!

—¿Lo de la droga? —le miró con dureza Stamp.

—¡Lo de los animales gigantes!

La dureza de Stamp se acentuó.

—¿Quiere ver cómo le bailan otros dientes en la boca, Flavin? —amenazó, mostrándole el puño.

—¡Hágamelos escupir todos si aquello no es un pavo gigante, comisario! —repuso el rubio, señalando con su brazo un punto determinado del otro lado de la carretera.

* * *

Todos miraron hacia allí.

El respingo fue general al descubrir el enorme pavo. Varias bocas se abrieron de par en par.

Varios pares de ojos se dilataron.

El estupor era total y absoluto.

En vista de que nadie reaccionaba, DaveSheldon levantó su rifle y disparó sobre el pavo gigante, al cual abatió certeramente.

Pero aquello fue sólo el comienzo.

Nuevos animales mutados empezaron a surgir por entre los árboles y los matorrales, ansiosos de devorar seres humanos.

Ahora sí reaccionaron el comisario-jefe y el resto de los oficiales.

—¡Fuego, muchachos!... —ordenó Stamp, predicando con el ejemplo.

La totalidad de los rifles se pusieron a escupir proyectiles explosivos.

Los monstruosos animales empezaron a desplomarse, dando unos chillidos ensordecedores.

Pero surgieron más.

Todos gigantescos y feroces.

El comisario Stamp y sus hombres siguieron disparando a discreción sobre ellos, a la vez que, obedeciendo una indicación del primero, se retiraban todos hacia los coches, en torno a los cuales formaron una especie de cadena.

De este modo cubrían mejor todos los flancos y evitaban el ser atacados por la espalda.

Peggy Adler fue metida en el primer coche por DaveSheldon, y la joven, desde allí, pudo presenciar cómo el comisario Stamp y sus hombres daban buena cuenta de los animales gigantes.

Cuando el estruendo de las armas cesó, no menos de treinta animales yacían en el suelo, muertos.

Hasta el último de ellos había sido abatido.

Stamp y sus hombres continuaron quietos en sus puestos, los rifles prestos, por si aparecían más conejos, pavos o gallinas gigantes.

Pero no fue así.

O habían acabado con todos ellos, o los que quedaban con vida eran lo suficientemente inteligentes como para no dejarse ver.

De pronto, ocurrió algo sorprendente.

Imposible de creer, si no lo veía uno con sus propios ojos.

¡Los animales muertos estaban empequeñeciendo!

¡Con asombrosa rapidez!

El estupor volvió a reflejarse en los rostros del cu- misario-jefe y los oficiales.

En muy poco tiempo, todos los animales recuperaron su tamaño normal.

Norman Stamp murmuró:

—Que alguien me pellizque, porque debo estar soñando...

DaveSheldon, situado a su izquierda, dijo:

—Le aseguro que está usted despierto, comisario. Alguien convirtió a estos animales en fieras gigantescas y agresivas, y, con la muerte, han vuelto a su forma natural. Era lo que yo sospechaba, y mi teoría se ha confirmado.

—Es tan fantástico que...

—Será todo lo fantástico que usted quiera, comisario Stamp, pero es real. Debemos descubrir al loco que experimenta con estos animales y ponerlo entre rejas, antes de que convierta la región en la más feroz de las junglas.

Norman Stamp asintió lentamente con la cabeza.

—Tiene razón, Sheldon. Hemos de dar con el responsable de esto.

—Sospecho que su casa no debe estar lejos de aquí.

—Nos dividiremos en dos grupos y batiremos la zona. Usted vendrá conmigo, Sheldon.

—Bien, comisario.

—Pregúntele a la muchacha si desea venir con nosotros o prefiere regresar a la ciudad. Si quiere volver, le prestaremos uno de los coches.

Dave abrió la portezuela y entró un momento en el auto.

—Vamos a dar una batida a la zona, Peggy. ¿Viene con nosotros o desea regresar a San Diego?

La joven se mordió los labios.

—Me gustaría volver, Dave. Yo no soy tan valiente como ustedes, y estoy pasando mucho miedo.

Sheldon le sonrió.

—Si no fuera usted valiente no habría vuelto, por dos veces, a este peligroso lugar. Pero no se preocupe, es lógico que desee regresar a la ciudad. Puede llevarse mi coche.

—Gracias. Lo dejaré frente a la comisaría.

—¿Dónde vive usted, Peggy

La muchacha se lo dijo.

—Esta tarde, cuando acabe mi servicio, pasaré por su casa.

—¿Para ver mis cuadros?

—Entre otras cosas.

Peggy se dio cuenta de que Dave le miraba las piernas y dijo:

—Atrevido.

—Guapa.

—Le recibiré con un mono de mecánico, para que no pueda verme nada.

—Usted estaría tentadora hasta vestida de barrendero…

Peggy sonrió, halagada.

—Hasta la tarde, Dave.

—Estaré con usted lo antes posible, Peggy —prometió el oficial, y salió del coche.

Peggy Adler puso el coche en marcha, lo hizo girar y se alejó con él.

* * *

El grupo formado por el comisario-jefe Stamp, DaveSheldon, el rubio Flavin y otros cuatro oficiales empezó a batir la zona de la izquierda de la carretera, mientras el otro grupo se encargaba de batir la zona opuesta.

Ambos grupos se mantenían en contacto por radio.

Ni unos ni otros se tropezaron con nuevos animalesgigantes, por lo que el comisario Stamp empezó a creer que los habían liquidado a todos en la carretera.

Minutos después, el grupo de Stamp divisaba la pequeña granja de los Broner.

Lo primero que llamó su atención fue el suelo encharcado.

—Parece que aquí ha llovido recientemente… —murmuró el comisario-jefe.

—¿Llover, en una mañana tan clara y tan soleada como ésta…? —repuso Dave.

—Sí; y con fuerza. Fíjese cómo está el suelo, Sheldon.

—Pero, si no hay una sola nube en el cielo…

—No la hay ahora, pero es evidente que la hubo antes.

—Sí que es extraño.

—Acerquémonos a esa granja —indicó Stamp—. Sus propietarios nos sacarán de dudas.

El matrimonio Broner, claro, no pudo aclararles nada.

De ellos no quedaba más que el esqueleto y algunos jirones de carne.

El espectáculo era tan horrible, que el comisario-jefe Stamp y sus hombres sintieron náuseas.

—Estos dos seres fueron devorados por ios animales gigantes, no hay duda —comentó roncamente Stamp, desviando la mirada.

—Observe los recintos de los animales, comisario… —indicó Dave

—. Están destrozados, y hay algunos conejos, pavos y gallinas muertos…

Norman Stamp, tras un tiempo de reflexión, dijo:

—Creo que todo se originó aquí, en esta granja, Sheldon.

—Yo también, comisario —repuso Dave—. Los animales se volvieron gigantescos y fieros en sus recintos, derribaron éstos y atacaron a los dueños de la granja, devorándolos. Luego se desperdigaron por la zona, en busca de nuevas víctimas.

Stamp le miró.

—¿Cree usted que fueron los dueños de la granja los responsables de que los animales multiplicaran su tamaño y se tornasen feroces?

Dave sacudió la cabeza.

—No, pienso que no, comisario. Un experimento así sería propio de un científico medio trastornado, pero no de una pareja de simples y modestos granjeros. Prueba de ello es que fueron devorados por los animales. De haber sido cosa de ellos, habrían tomado precauciones, lógicamente.

—¿Entonces…?

Dave encogió ligeramente los hombros.

—No sé qué decirle, comisario. Mi teoría de que algún científico loco inyectó una sustancia extraña a estos animales parece venirse abajo. Tendría que haberlo hecho sin que los propietarios de la granja lo advirtiesen, y eso no parece probable. A no ser que… —miró al cielo.

—¿A no ser qué, Sheldon?

— Nada, es una tontería.

—Dígalo, de todos modos.

—No, se reiría usted de mí, comisario.

—Ya cometí ese error una vez, Sheldon. No volverá a suceder, por muy fantástico que sea lo que está pensando. Hable sin temor.

Dave carraspeó.

—Verá, comisario, me pasó por la mente que la lluvia que encharcó la granja y sus alrededores pudiera haber sido la causa de la extraña mutación sufrida por los animales.

Stamp arrugó la frente.

—¿La lluvia?

—Disparatado, ¿verdad?

—Pues, más bien sí, Sheldon.

—Ya lo sabía. Por eso no quería mencionarlo

El rubio Flavin intervino:

—A mí no me parece tan disparatado, comisario. Esa lluvia podía contener, por motivos que ahora no podemos ni siquiera sospechar, algún elemento extraño, queprovocó la mutación de los animales al caer sobre éstos. En mi opinión, no estaría de más analizar la tierra mojada y algunos de los animales muertos. Puede que los del laboratorio encuentren algo interesante.

Dave dio una cabezada.

—Flavin tiene razón, comisario. Nada se pierde analizando un puñado de tierra y unos cuantos animales muertos.

—Estoy de acuerdo, muchachos —asintió Stamp.

CAPITULO VII

Peggy Adler respingó ligeramente al oír el timbre de la puerta.

Corrió a abrir, intuyendo que se trataba de DaveSheldon.

Y no se equivocó.

—Dave… —pronunció, con un singular brillo en la mirada.

El oficial de policía la contempló de arriba abajo.

—Conque me recibiría con un mono de mecánico, ¿eh?

—Porque no pude conseguir ninguno, que si no... —sonrió la joven, que lucía un atrevido vestido de dos piezas, la superior poco mayor que un sujetador, y la inferior, aunque larga hasta los tobillos, abierta por los lados hasta muy arriba, lo que le permitía exhibir sus bronceados muslos al menor movimiento.

—Está usted preciosa, Peggy.

—Gracias.

—¿Me deja que le dé un beso?

—No vaya tan aprisa.

—Usted haría correr al más tortuga de los hombres.

—Vamos, déjese de galanterías y entre —indicó Peggy, riendo.

Dave penetró en la casa, no muy grande, pero moderna y rodeada de cuidado césped.

—Cierre con llave, si quiere —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Peggy, extrañada.

—No pienso salir de aquí hasta mañana.

—Eso quisiera usted.

—¿Usted no?

—No.

—Qué desilusión.

—Sígame, conquistador.

—Al fin del mundo, si quiere.

—Sólo le llevo al salón.

—¿Por qué no me muestra su dormitorio?

—Dave, por favor.

—Sólo era una broma.

—No estoy tan segura.

—Yo tampoco.

Peggy sonrió.

—Es usted... imposible, Dave.

—Y usted un bombón.

—¿Relleno o de los otros?

—Déjeme que la pruebe y se lo diré —repuso Sheldon, haciendo ademán de morder el hombro izquierdo de la muchacha.

—¡No sea caníbal, Dave! —gritó ella, apartándose de un gracioso saltito.

—Lo siento, pero es que la miro y se me hace la boca agua.

—Si ha venido con intención de devorarme, será mejor que se marche.

—Usted está deseando que la devore.

—No diga tonterías. A mí no me gusta que me muerdan.

—Usted no sabe cómo muerdo yo, Peggy.

—Prefiero seguir ignorándolo.

—No sabe lo que se pierde.

—Pero sí lo que se ganará usted, como siga por ese camino.

—Un sopapo en el ojo.

—En cada ojo —corrigió Peggy.

—De acuerdo, usted gana —suspiró Dave.

—¿Quiere decir que va a comportarse correctamente? —No, como un idiota. Porque sólo un idiota permanecería quieto teniendo al lado a una chica como usted.

—Tampoco es eso, hombre... —sonrió coquetamente Peggy.

—¿Quiere decir que puedo «moverme» un poco?

—Sí, pero cuando yo se lo indique.

—Confío en que sea pronto.

Habían llegado al salón, una pieza realmente acogedora.

Peggy preguntó:

—¿Qué le sirvo, Dave?

—Un muslito al natural —pidió Sheldon, los ojos fijos en una de las aberturas laterales del vestido de la joven.

—¿A que me coso la falda? —gruñó Peggy.

—Por favor, no se enfade. Era sólo otra broma.

—Está usted muy bromista esta tarde.

—Y usted muy apetecible.

—Debe ser cierto, porque noto que le están creciendo los dientes.

Dave rió.

—Me alegra que también usted tenga sentido del humor, Peggy.

—Vamos, dígame de una vez qué es lo que le apetece beber.

—Cualquier cosa, no se preocupe. Lo dejo a su elección.

—Está bien.

Peggy tomó una botella de licor azulado, escanció en un par de copas, y ofreció una de ellas al oficial de policía, que se había acomodado en el sofá.

—Gracias —sonrió Dave cogiendo la copa.

La joven se sentó a su lado, aunque dejando una prudente distancia entre los dos.

—No tengo paperas, Peggy.

—Pero sí las manos muy largas, ya me lo demostró esta mañana.

—No pienso moverlas hasta que usted me lo indique.

—Por si acaso.

—Jamás conocí a una chica tan desconfiada —rezongó Dave, y probó el licor que le había servido Peggy.

—¿Le gusta? —preguntó ella.

—Sí, está delicioso. ¿Qué es?

—Licor de moras.

—No será una bebida estimulante, ¿verdad?

Peggy rió alegremente.

—¿Cree usted que se la habría servido, si lo fuera? Usted no necesita bebidas estimulantes, se estimula solo.

—¿Y no es mejor así?

—Hablemos de los animales gigantes, Dave. ¿Encontraron más?

—No, por lo visto acabamos con todos en la carretera. Batimos toda la zona, y no hallamos ninguno más.

—¿Causaron alguna víctima, los animales?

—Sí, dos.

—Dios mío… —murmuró Peggy, palideciendo.

Dave le habló de la pequeña granja de los Broner, de lo que hallaron en ella, y de la posibilidad de que la lluvia caída sobre la granja y sus alrededores fuera lacausa de la mutación sufrida por los animales que en ella se criaban.

—¿Cuándo tendrán el resultado de los análisis de latierra de la granja y de los animales muertos?

—Esta misma noche, quizá. Todo lo más tarde, mañana por la mañana.

—¿Y cree usted que…?

—No lo sé, Peggy. Es, desde luego, muy extraño que lloviese, y tan copiosamente, en una mañana como la de hoy, clara y soleada como pocas. Y, lo que es más extraño aún, sólo en una pequeña área de

terreno: la granja de los Broner y sus alrededores. Hemos consultado al Centro Meteorológico y nos han asegurado que en los últimos cuatro días no ha caído una sola gota en toda la región. Ni siquiera se han detectado nubes. Parece como si...

—¿Como si qué, Dave?

—Como si alguien hubiese formado una gran nube cerca de la granja de los Broner, la hubiese hecho descargar sobre ese preciso lugar, y luego la hubiese hecho desaparecer.

Peggy parpadeó.

—Eso no es posible, Dave...

—Yo ya no sé lo que es posible y lo que no lo es, Peggy. Esta mañana he visto conejos, pavos y gallinas gigantes, fieros y agresivos como tigres, que al morir recobraron su tamaño normal. ¿Era eso posible, en teoría? ¿Verdad que no? Pues sucedió. Usted también fue testigo de ello.

La muchacha guardó silencio.

Dave tomó otro sorbo de licor de moras.

—¿Seguro que esto no es estimulante, Peggy? —preguntó.

—¿Por qué lo dice?

—Noto que aumentan mis deseos de besarla y acariciaría.

—No se acerque, Dave.

—No me he movido, Peggy.

—Me senté a más de medio metro de usted, y ahora apenas queda un palmo entre nosotros.

—¿Un palmo?

—Ya sólo son diez centímetros.

—Me sigue pareciendo mucho.

—Cinco.

—Se aproxima el roce.

—Ya se ha producido.

Era cierto.

Estaban cadera contra cadera, hombro contra hombro.

—¿Y ahora qué? —preguntó Peggy, sin ponerse nerviosa.

—Bueno, si usted me autoriza a...

—Yo no le autorizo a nada.

—Sólo quiero besarla.

—Para empezar.

—Sé que usted también lo desea, Peggy.

—¿Qué le hace suponer tal cosa?

—Le gustó como la besé esta mañana, usted misma lo dijo.

—¿Qué le parece si le enseño...?

—Enséñeme lo que quiera, todo me gustará.

—Mis cuadros, no piense otra cosa.

—Usted es el cuadro más perfecto.

—Pero no tengo marco.

—Yo se lo pondré.

—Y luego me llevará a su casa y me colgará de la pared.

—La llevaría a mi casa, sí, pero para otra cosa.

—Para hacerme el amor.

—¿Cómo lo adivinó?

—Veo una cama en cada una de sus pupilas —Elija la que más le guste.

—Me quedo con la mía.

—¿Me hará un huequecito en ella?

—Acostumbro a dormir sola.

—Eso es muy aburrido.

—Me está abrazando, Dave.

—Es la pasión que me domina.

—No me bese en el cuello.

—Lo tiene tan suave…

—Retire su mano de mi muslo.

—Es tan tentador…

—¿Quiere ver cómo le sacudo?

—No, por favor. Sentiría complejo de alfombra. Peggy cerró los ojos y, conteniendo un gemido de placer, murmuró:

—Dave…

—¿Sí, Peggy?

—No quiero pegarle.

—Pues no me pegue.

—Tendré que hacerlo, si sigue usted besándome, mordisqueándome y toqueteándome.

—Le gusta, confiéselo.

—Sí… ¡Digo, no!

—Me vuelve usted loco, Peggy.

—Y usted a mí… ¡No, tampoco quise decir eso!

—Lo dijo porque es su corazón el que habla, no su cerebro.

—Dave… —gimió dulcemente la muchacha, porquelas caricias del oficial eran cada vez más hábiles y más audaces.

—Relájese Peggy.

—Me da miedo abandonarme en sus brazos.

—Déjeme hacer a mí, no tema.

—Sí temo, porque usted lo hará todo.

—Con amor y delicadeza, se lo aseguro.

—Preferiría que fuera a lo bruto, porque así podría rechazarle.

—Usted no quiere rechazarme, Peggy.

—No...

—Le gusto tanto como usted a mí.

—Sí...

—Creo que nos hemos enamorado mutuamente, Peggy. —Sí...

—¿Y no es maravilloso?

—¡Sí, sí, sí! —gritó casi Peggy, estremeciéndose bajo las expertas manos de Dave.

Este la besó ardorosamente en los labios.

Peggy se abrazó con fuerza a él y le devolvió el beso con más ardor aún, si cabe.

A Dave le complació que la muchacha abandonara su pasiva actitud y se lanzara sin reservas a colaborar en lo que ya parecía muy próximo.

Próximo... y seguro.

Pero no hay nada seguro en la vida, y muy pronto iba a verse.

CAPITULO VIII

Poco después de que Peggy Adler demostrara que también ella

deseaba la total unión de sus excitados cuerpos, el videófono del salón, que se hallaba sobre la baja mesa situada frente al sofá, dejó oír su señal de llamada.

Huelga decir que la intermitente señal cayó como un jarro de agua fría sobre la entusiasmada pareja.

Pese a ello, Peggy se hizo la sorda y no soltó a DaveSheldon.

Este también hubiera querido hacerse el sordo, pero no podía.

Sospechaba que era el comisario-jefe Norman Stamp quien le llamaba.

Dave le había dicho que le encontraría allí, si lo necesitaba para algo urgente.

Y, evidentemente, le necesitaba.

—Peggy...

—¿Qué? —ronroneó ella,

—El videófono está sonando.

—Que suene.

—Tengo que contestar.

—Soy yo quien debiera contestar, pero no quiero.

—La llamada es para mí.

Peggy le miró sorprendida.

—¿Cómo lo sabes?

—Busqué tu número en el listín videofónico y se lo di al comisario Stamp, por si precisaba localizarme esta noche —explicó Dave.

—No debiste hacerlo —gruñó la joven.

—Soy policía, Peggy.

—También eres un hombre. Y yo una mujer… Me preparaste para hacerme el amor, y no puedes dejarme ahora.

—Te aseguro que a mí me enfurece tanto como a ti interrumpir

esto, pero el deber es lo primero.

—El deber es… un cuerno.

—Por favor, compréndelo.

—No, no quiero comprenderlo. Has encendido mi cuerpo y mi sangre, y ahora te niegas a apagarlo como es debido.

—Volveré lo antes posible, te lo prometo.

—Para entonces ya me habré enfriado.

—Empezaremos de nuevo, no te preocupes.

—Tendrás que empezar con tu abuela.

—Peggy…

—Ni Peggy ni rábanos. Si me dejas ahora, no dejaré que vuelvas a ponerme la mano encima.

—Bueno, a lo mejor no tengo que irme. Quizá el comisario Stamp sólo quiera comunicarme algo.

—Para eso no te llamaría, estoy segura.

—¿Y si no es él?

—Claro que es él.

—Voy a salir de dudas —dijo Dave, separándose de ella.

—Espera que me cubra —rezongó Peggy, bajándose la falda y colocándose la pieza superior del vestido.

—¿Ya? —preguntó el oficial.

—Ya —gruñó la joven.

Dave pulsó la tecla correspondiente y la pequeña pantalla del videófono se encendió, apareciendo en ella la imagen del comisario-jefe Stamp.

—Hola, Sheldon.

—¿Ocurre algo, comisario?

Stamp tardó unos segundos en responder.

—¿Por qué pone esa cara, Sheldon? ¿He interrumpido algo interesante?

—Así es, comisario.

—Vaya, lo siento.

—No se preocupe,

—Necesito verle urgentemente, Sheldon.

—¿Qué ha pasado?

—Acaban de traerme los resultados de los análisis.

—¿Y…?

—Acertó usted, Sheldon. La lluvia caída sobre la granja de los Broner y sus alrededores fue lo que provocó la mutación sufrida por los animales domésticos. No era una lluvia natural. Tenía… propiedades diabólicas.

—¿Elaboradas por una mano humana?

—Eso es lo que tenemos que averiguar, Sheldon. Estoy movilizando a todos los hombres.

—Claro.

—Venga para acá en seguida, Sheldon.

Dave miró un instante a Peggy.

Al ver el gesto de furia de la muchacha, miró de nuevo la pantalla y rogó;

—¿Puede concederme treinta minutos, comisario?

—No, Sheldon. Lo siento.

—Me arreglaría con quince.

—No insista, no es posible. Tiene que estar en la comisaría cuanto antes.

Dave dio un suspiro de resignación.

—Está bien, comisario. Salgo para ahí inmediatamente.

—Repito que lo siento, Sheldon. Dígaselo a Peggy.

—Se lo diré.

El comisario Stamp cortó la comunicación.

Dave apagó el videófono y miró a la muchacha.

—Ya lo has oído, Peggy.

—Sí, ya lo he oído.

—Tengo que irme.

—Adiós

—Volveré en cuanto...

—Ahórrate la molestia.

—Peggy, yo no tengo la culpa...

—No, la tengo yo, por haberte permitido todo lo quete permití. Si no me hubiera dejado engatusar por ti, ahora estaría tan fresca.

Dave quiso acariciarle el rostro, pero ella le pegó un zarpazo.

—Lárgate, Dave. Y no vuelvas por aquí.

El oficial se puso en pie.

—Volveré, Peggy.

—No te abriré.

—Saltaré por una ventana.

—Estarán todas cerradas.

—Romperé el cristal.

—Llamaré a la policía.

—Yo soy la policía.

—Tú eres un bandido.

—No digas lo que no sientes.

—Te diré lo que sí siento: haberte conocido.

—Hablas así porque estás furiosa. En cuanto te hayas calmado, comprenderás que no estás siendo justa conmigo.

—No hagas esperar al comisario-jefe.

—Tienes razón, no debo hacerle esperar —repuso Dave, y caminó hacia la puerta, saliendo del salón.

Segundos después, abandonaba la casa.

* * *

La casa de Peggy Adler se alzaba en la zona este de la ciudad.

En esa misma zona, a sólo unos quinientos metros, se hallaba emplazado el Parque Zoológico, lugar muy visitado durante el día, pero solitario a aquellas horas.

Había anochecido ya.

El cielo aparecía cubierto de estrellas, que brillaban con fuerza. Como la luna, casi redonda.

De pronto, justo cuando el coche de DaveSheldon pasaba por delante del zoológico, una nube, grande y extraña, apareció en el cielo, ocultando buena parte de las rutilantes estrellas.

El nubarrón, que se desplazaba con rapidez, ocultó también la luna en muy pocos segundos.

DaveSheldon frenó su automóvil y sacó la cabeza por la ventanilla.

Tenía el presentimiento, casi la certeza, de que aquella nube era la misma que había descargado sobre la granja de los Broner y sus alrededores, provocando la mutación de los animales domésticos.

Dave llamó rápidamente a la comisaría.

Todavía no le habían respondido, cuando el amenazante nubarrón

pareció reventar súbitamente, dejando caer agua en cantidades industriales.

Y, precisamente, cuando se hallaba justo sobre el Parque Zoológico.

CAPITULO IX

Tan torrencial era la lluvia, que los potentes faros del coche apenas conseguían traspasarla unos metros, pese a que DaveSheldon puso las luces de largo alcance.

De la comisaría respondieron a la llamada del oficial.

—¡Con el comisario-jefe, rápido! —pidió Dave—. ¡Es muy urgente!

Le pusieron en comunicación con Norman Stamp.

—¿Diga? —oyó la voz de su superior.

—¡Soy Sheldon,, comisario!

—¿Qué sucede, Sheldon? —pareció alarmarse Stamp.

—¡La lluvia diabólica!

—¿Cómo?

—¡Está descargando sobre el Parque Zoológico, comisario!

—¿Que está lloviendo ahí…?

—¡El cielo parece una catarata, créame! ¡La cortina de agua es tan densa que no puedo ver nada!

—¡Maldición!

—¡Déjese de maldiciones y acuda aquí en seguida, con todos los hombres de que disponga! —aconsejó Dave.

—¿Teme usted que los animales del zoológico…?

—¡No sólo lo terno, estoy seguro! ¡Todos los animales que no se hallasen a cubierto en el momento en que la enorme nube se desgarró, sufrirán la mutación! ¡Se volverán gigantescos y agresivos! ¡Va a ser terrible, comisario!

—¡Por todos los…! —empezó a maldecir nuevamente Stamp—. ¡Salimos volando hacia ahí, Sheldon!

—¡Rápido, comisario! —insistió Dave, y cortó la comunicación.

Seguía lloviendo de un modo brutal.

Un par de minutos después, y de forma repentina, la barrigota de la nube se cerró, como un vestido cerrado por cremallera, y el diluvio cesó.

Dave, perplejo, asomó nuevamente la cabeza por la ventanilla.

El nubarrón se alejaba con la misma rapidez con que había aparecido, dejando ver de nuevo las estrellas y la luna.

En aquel preciso instante, la radio del coche se puso a zumbar.

Dave atrapó velozmente el micro.

—¡Sheldon al habla!

—¡Aquí el comisario Stamp! ¿Sigue lloviendo torrencialmente, Sheldon?

—¡Ya no cae ni una gota, comisario!

—¿Y la nube…?

—¡Se aleja hacia el oeste a toda prisa! ¿Quiere que la siga, comisario?

—¿Seguir a la nube…?

—¡Diablos, Sheldon, que no es lo mismo seguir una nube que un coche!

—¡Déjeme intentarlo, comisario! ¡Si veo que no es posible, regresaré inmediatamente al zoológico!

Stamp dudó un instante.

—¡De acuerdo, vaya tras ella, comisario! —accedió—. ¡Nosotros estaremos en el zoológico en un par de minutos!

—¡Le mantendré informado, comisario! —dijo Dave, y puso en marcha el vehículo.

Lo condujo de forma endiablada, porque sólo así se podía seguir al nubarrón.

Pero era una tarea sumamente difícil.

La nube podía desplazarse en una dirección determinada, sin ningún obstáculo que salvar, mientras que eloficial de policía tenía que llevar su coche por las calles y, lógicamente, perdía mucho tiempo sorteando casas y edificios.

Hubo un momento en que uno de éstos, muy alto, impidió a Dave seguir viendo la nube, pues ésta había quedado al otro lado del

gigantesco bloque de apartamentos.

DaveSheldon maldijo entre dientes, mientras se apresuraba a rodear el edificio, pero, aunque lo hizo a toda velocidad, cuando estuvo al otro lado del mismo no encontró ni rastro de la nube.

Era como si se la hubiese tragado el cielo.

O como si se hubiese vuelto de pronto transparente.

Dave maldijo de nuevo y trató de encontrar al nubarrón, pero ya no le fue posible.

Definitivamente, había desaparecido.

Contrariado, abrió la radio y llamó a Norman Stamp.

—Aquí Sheldon, comisario.

—¿Ha habido suerte, Sheldon? —inquirió Stamp.

—No, comisario. Perdí la nube tras un edificio de apartamentos, y ya no pude encontrarla.

—Sabía que sucedería eso, era muy difícil. Quizá, de haber mandado un helicóptero...

—Hubiera llegado tarde.

—Seguramente.

—¿Están ya en el zoológico, comisario?

—Acabamos de llegar.

—En seguida me reúno con ustedes.

—Dése prisa, Sheldon. Todo parece tranquilo, pero no me fío ni un pelo.

—Hace bien, comisario.

Dave hizo dar la vuelta a su automóvil y pisó el acelerador a fondo.

En sólo unos minutos estuvo frente al Parque Zoológico.

Había varios coches de la policía estacionados.

Dave tomó su rifle y salió del auto, corriendo hacia la puerta del parque, cuya verja se hallaba ahora de par en par.

El comisario Stamp y el resto de los hombres debían hallarse dentro del zoológico.

Dave cruzó la entrada.

En aquel preciso instante empezaron a sonar los primeros disparos.

Fue la confirmación de que DaveSheldon había acertado de lleno al sospechar que el extraño nubarrón que había descargado sobre el Parque Zoológico era el mismo que descargara sobre la granja de los Broner.

Y si entonces provocó la mutación de pavos, conejos y gallinas, ahora había provocado la mutación de animales mucho más grandes y peligrosos.

Leones...

Tigres...

Osos...

Gorilas...

A DaveSheldon se le erizó la piel sólo de pensar en el tamaño, la fiereza y la agresividad que la lluvia diabólica habría hecho adquirir a tales animales.

Abatirlos a todos iba a ser tremendamente difícil.

Imposible, seguramente.

Pero había que intentarlo.

El comisario Stamp y los hombres que le habían acompañado ya lo estaban haciendo.

Dave trató de reunirse con ellos.

Los disparos le dieron una idea aproximada del lugar donde en aquel momento se hallaban Stamp y el resto de los oficiales.

Dave corrió hacia allí.

El zoológico era muy extenso.

Mientras corría, Dave observó que la mayoría de las jaulas estaban abiertas y vacías.

Otra prueba más de que sus sospechas eran ciertas.

Los distintos animales se habían vuelto tan gigantescos y tan fieros, que no tuvieron la menor dificultad para forzar las puertas de sus respectivas jaulas.

De pronto, Dave frenó su carrera.

Acababa de descubrir, cerca de una de las jaulas abiertas, el cuerpo de un hombre.

Yacía en el suelo, horriblemente despedazado.

Por los restos del infeliz, Dave adivinó que se trataba de uno de los vigilantes del parque.

Súbitamente, un rugido estremecedor atronó el lugar,

Dave se giró con la rapidez del pensamiento, pues el escalofriante rugido había sonado a sus espaldas.

Fue tal su impresión al descubrir al autor de aquel espantoso rugido, que quedó momentáneamente paralizado.

Y, ciertamente, no era para menos.

CAPITULO X

Se trataba de una pantera.

Sabido es que este tipo de mamífero felino asiático, de pelaje rojizo con manchas circulares negras en forma de anillos, mide unos dos metros de largo.

Pero el ejemplar que DaveSheldon tenía delante desí, a sólo unos metros, medía por lo menos tres vecesmás, y su altura era superior a la de un caballo.

La gigantesca fiera mantenía las fauces abiertas, mostrando unos colmillos como machetes de largos, y sus ojos eran dos brasas encendidas.

Aterrador.

Realmente aterrador.

Como para morirse de espanto.

Pero DaveSheldon no quería morir de eso.

Ni tampoco devorado por la alucinante pantera.

Por eso, antes de que el mutado felino saltara sobre él, lo cual parecía dispuesto a hacer de un instante a otro, Dave levantó velozmente su rifle, apuntó a la cabezota de la fiera y apretó el gatillo.

La enorme pantera recibió la bala explosiva entre los ojos y lanzó otro espantoso rugido, al tiempo que se desplomaba, con la masa encefálica hecha puré.

Se convulsionó Unos segundos en el suelo, espasmódicamente, y luego quedó inmóvil.

DaveSheldon soltó el aire que había retenido en sus pulmones desde el momento en que descubriera a la pantera gigante.

Pero sabía que no podía respirar tranquilo.

De un instante a otro podía surgir otra fiera mutada, dispuesta a zampárselo con gorra y todo.

Dave, con todos los sentidos alerta, avanzó con rapidez hacia donde el comisario-jefe Stamp y los demás oficiales disparaban contra los animales mutados.

¡Y cómo disparaban!

Aquello parecía una guerra.

Sin duda, la mayoría de los animales mutados se habían concentrado en aquella zona del parque y atacaban masivamente a Norman Stamp y su gente.

De ahí que DaveSheldon no se tropezase con nuevas fieras.

Pero todavía tuvo que hacer frente a un mono mu tado, el cual surgió repentinamente, en prodigioso salto.

Aquel animal, antes de sufrir los efectos de la lluvia diabólica, debía ser un monito pequeño y simpático, de los que provocan las carcajadas de chicos y mayores con sus cabriolas en el interior de las jaulas.

O comiendo cacahuetes a destajo.

O pelando plátanos y arrojando las cáscaras a la cabeza del público.

Pero el mono, ahora, ya no tenía nada de pequeño ni de simpático.

Era mucho más grande que un gorila.

Y mucho más fiero.

Y mucho más agresivo.

Y ya no debían apetecerle los cacahuetes y los plátanos, sino los seres humanos, a juzgar por el modo con que se lanzó sobre DaveSheldon y por la feroz expresión de su cara.

Afortunadamente, el oficial de policía no perdió su habitual aplomo y disparó veloz y certeramente sobre el gigantesco mono, al cual abatió de manera fulminante.

El mamífero cuadrúmano chilló como si lo estuviesen asando vivo,

mientras se agitaba en el suelo.

Dave no esperó a que el animal quedase rígido.

El comisario Stamp y sus hombres debían de estar pasándolo mal.

Tenía que reunirse cuanto antes con ellos.

Dave corrió en aquella dirección.

Los encontró sin tener que vérselas con nuevos animales mutados.

Pero allí se las vio con todos.

Había animales de todas las especies, muchos de ellos en el suelo, quietos, muertos, abatidos por los rifles del comisario Stamp y su gente, que no dejaban de tronar.

Muchos eran los animales muertos, sí; pero no eran menos los que continuaban con vida y atacaban ferozmente a Norman Stamp y sus hombres.

Algunos de éstos habían perdido la vida, también, destrozados por los poderosos colmillos de las fieras muladas y por sus terroríficas garras.

La lucha era ardua.

Feroz.

Espantosa.

DaveSheldon apretó los dientes con fuerza y se metió de lleno en ella, haciendo ladrar frenéticamente su rifle.

Tumbó primeramente a un león, cuya cabeza era tan grande como un tonel.

Un instante después, derribaba a un gorila que parecía el hermano menor del célebre King Kong.

El enemigo más difícil de abatir, sin embargo, fue un oso que, puesto en pie, mediría cerca de los cuatro metros.

Una mole impresionante de verdad, y tan resistente, que las primeras balas de DaveSheldon no lograron derribarle.

Ni siquiera detenerle.

El oficial retrocedió, porque el monstruoso plantígra do se le venía encima, dando unos rugidos ensordecedores.

En vista de que las balas dirigidas al cuerpo no parecían hacer excesiva mella en el animal, Dave elevó más el rifle y le disparó a los ojos.

Los órganos visuales del oso estallaron como esferasde cristal, obligando a la fiera a lanzar tales bramidos que el suelo tembló.

La bestia mutada empezó a saltar como si se hubiese vuelto loca.

Dave le disparó varias veces más, a la cabeza.

El oso, finalmente, se vino abajo como un edificio y quedó patas arriba, sin vida.

La lucha continuó algunos minutos más.

Cuando el último de los animales mutados cayó abatido por las balas explosivas, sólo quedaban con vida doce de los veintiséis hombres que habían acudido al Parque Zoológico: el comisario-jefe Norman Stamp, DaveSheldon, el rubio Flavin y otros nueve oficiales, algunos de ellos con heridas de más o menos importancia.

Los catorce hombres restantes, yacían en el suelo.

Cubiertos de sangre.

Desgarrados...

Era un espectáculo horroroso, pues si a uno le faltaba un brazo, a otro le faltaba una pierna, y a otro la cabeza.

Los animales mutados muertos, como ya ocurriera con los conejos, pavos y gallinas abatidos cerca de la granja de los Broner, empezaron a recobrar su tamaño normal.

El comisario Stamp y sus hombres permanecieron quietos y callados, los rifles apretadamente empuñados, por si de pronto surgía algún animal más.

Por fortuna, no ocurrió tal cosa.

DaveSheldon, tan impresionado como todos por la horrible muerte

sufrida por más de la mitad de sus compañeros, se acercó a Norman Stamp, quien tenía la manga izquierda de la camisa prácticamente arrancada y un serio arañazo en el brazo.

—Comisario...

—Qué espanto de pesadilla, Sheldon —murmuró roncamente Stamp.

—Tenemos que descubrir y apresar al responsable de todo esto, antes de que mande su diabólica nube a otrolugar determinado y cause nuevas mutaciones y nuevas muertes.

Stamp le miró.

—Ya no tiene ninguna duda de que esa maldita nube ha sido creada por algún científico loco, ¿verdad?

—No, no la tengo, comisario.

—Yo tampoco, Sheldon. Lo que no consigo comprender es por qué...

—¿Quién puede comprender a un loco? No actúan con lógica, porque carecen de ella. Se les ocurre de pronto una cosa y, ¡hala!, la llevan a la práctica, sin pensar en el daño que con ello puedan causar. El chiflado que nos ocupa inventó la manera de volver gigantescos a los animales y se está divirtiendo con ello. Dirige su nube hacia el lugar escogido por él de antemano, la hace descargar sobre el objetivo y ya está. Animal empapado por esa diabólica lluvia, es animal mutado.

—Lástima que no pudiera usted seguir a la nube...

—Estoy seguro de que se desvaneció en unos segundos, al otro lado de ese gran edificio de apartamentos que le mencioné —rezongó Dave.

Stamp entrecerró los ojos.

—¿Desvaneció...?

—Sí, comisario. La nube ya había cumplido su misión, y su creador la hizo desaparecer en el cielo, para impedir que pudiera conducirnos hasta él. Cuando quiera entrar de nuevo en acción, creará otra y en paz. Para él debe ser muy sencillo, ahora que ya sabe cómo formarlas.

—Es posible que tenga razón, Sheldon.

Dave se permitió indicar:

—Hemos de conseguir una lista de los científicos que viven en la región, comisario. Y, en cuanto la tengamos, los visitaremos uno por uno y les interrogaremos. Creo que sabremos adivinar cuál de ellos es el responsable de lo sucedido.

—¿Y si no es así...?

—Vigilaremos a los que nos parezcan más sospecho

sos. A todos, si es necesario. Hay que impedir como sea que ese loco actúe de nuevo.

—Estamos de acuerdo, Sheldon.

Dave miró a su alrededor.

—¿Quedará algún animal mutado con vida en el zoológico, comisario?

—Todo parece indicar que no, pero lo comprobaremos.

—Es lo que iba a sugerirle, comisario.

—Vamos —indicó Stamp.

CAPITULO XI

No encontraron más animales mutados vivos, pero sí los cadáveres de los otros dos vigilantes del zoológico, tan horriblemente despedazados como el que hallara DaveSheldon al poco de haber entrado en el parque.

Sí.

Los vigilantes nocturnos del zoológico habían sido los primeros en caer víctimas de los animales mutados.

Con ellos tres, ascendían a diecisiete los hombres que habían perdido la vida aquella noche en el Parque Zoológico, a los que había que sumar dos víctimas más: el matrimonio Broner.

Diecinueve víctimas en total.

Diecinueve horribles muertes sobre las espaldas del científico loco que había creado la lluvia diabólica.

Maldito...

Muy pronto tendría que rendir cuentas a la ley, que caería sobre él con todo su peso y su rigor.

El comisario-jefe Norman Stamp y los once oficiales supervivientes se hallaban a la puerta del Parque Zoológico, del cual estaban siendo sacados los cadáveres de los oficiales despedazados por los animales mutados y los de los vigilantes nocturnos, que iban siendo depositados en las ambulancias.

Cuando el último de los cadáveres había sido retirado, la verja del zoológico fue cerrada y asegurada con una cadena que sujetaba un grueso candado.

Aunque había comprobado personalmente que no quedaba ningún animal mutado vivo en el parque, el comisario Stamp no quería que nadie entrase allí, hasta que fuesen retirados los cuerpos de los animales abatidos por él y sus hombres.

Norman Stamp y los oficiales regresaron a la comisaría, en cuya enfermería fueron atendidos los que sufrían heridas.

El comisario-jefe, con el brazo izquierdo vendado ya, dijo a DaveSheldon:

—Yo me encargo de conseguir la lista de los científicos que viven en la región, Sheldon. Como eso llevará algún tiempo, estimo conveniente que usted y los oficiales que ya realizaron el servicio de día vuelvan a sus casas y descansen unas horas. A las seis en punto de la mañana, volveremos a reunimos todos aquí. Para entonces, ya tendré la lista de los científicos y podremos empezar a visitarlos.

—Pero...

—Sé lo que está pensando, Sheldon, pero no creo que ese chiflado vuelva a actuar esta noche. Lo hizo esta mañana, y volvió a hacerlo esta noche. En buena lógica, no actuará de nuevo hasta mañana por la mañana. Y tampoco, si nosotros podemos impedírselo.

Dave sonrió levemente.

—Creo que tiene usted razón, comisario.

Stamp le dio una palmadita en el hombro.

—Váyase a descansar tranquilo, Sheldon.

—Si surgiese algo, me encontrará en casa de Peggy Adler.

Stamp compuso una mueca picara.

—Dije a descansar, Sheldon.

Dave rió.

—Habrá tiempo para todo, comisario.

—Sí, no lo dudo. Pero recuerde: a las seis en punto de la mañana, debe presentarse en la comisaría.

—Descuide, no me retrasaré ni un minuto.

—Hasta mañana, Sheldon.

—Buenas noches, comisario.

Dave salió de la comisaría, montó en su coche, y lo dirigió hacia la casa de Peggy Adler.

Peggy Adler aplastó el resto del cigarrillo en el cenicero.

Era el quinto pitillo que se fumaba, desde que DaveSheldon la dejara para cumplir con su deber, pero seguía estando tan furiosa como cuando encendió el primero.

Normalmente, el fumar le tranquilizaba los nervios, pero en aquella ocasión no era así.

De ahí que desistiera de encender un sexto cigarrillo.

Sabía que .no se calmaría ni aunque se fumase la cajetilla entera.

Sólo una cosa podía calmarla.

Alguien, mejor dicho.

DaveSheldon.

Pero DaveSheldon no estaba allí, para satisfacer sus deseos.

Y, aunque él había prometido que volvería lo antes posible, lo más probable es que no pudiese, que el comisario-jefe Stamp lo tuviese ocupado toda la noche.

¡Maldito comisario Stamp!

Peggy se levantó del sofá y salió del salón, dirigiéndose a su dormitorio, donde se desvistió, metiéndose seguidamente en el cuarto de baño, completamente desnuda..

Iba a darse una ducha de agua fría.

Quizá eso diese mejor resultado que fumar cigarrillo tras cigarrillo.

En el preciso instante en que se disponía a abrir la llave de la ducha, sonó el timbre de la puerta.

Peggy respingó.

—¡Dave! —exclamó, sintiedo que una súbita alegría la invadía.

Era lógico.

Se había enamorado del oficial de policía.

Ansiaba sus abrazos, sus besos, sus caricias...

Pero iba a tardar un poco en demostrárselo.

¡Que sufriese, como ella había sufrido!

Con esa idea fija en la mente, Peggy Adler salió de la ducha, se enfundó la bata, metió los pies en unas zapatillas de plástico, sin talón, y acudió a abrir.

Sin ninguna prisa.

Cuanto más tardase en abrirle, mejor.

Peggy alcanzó la puerta, perdió unos segundos más retocándose el cabello, y luego abrió.

Se llevó una gran sorpresa al descubrir que no se trataba de DaveSheldon, sino de KenyonBooth, un viejo conocido suyo.

—Kenyon… —murmuró, visiblemente desilusionada.

—¿Qué tal, Peggy? —saludó Booth, un joven de unos veinticuatro años de edad, bastante alto, de aspecto sano y vigoroso, no mal parecido.

La muchacha sonrió forzadamente.

—Cuánto tiempo sin vernos, Kenyon.

—Demasiado.

—¿A qué has venido?

—A traerte esto.

—¿Qué es? —preguntó Peggy, tomando el pequeño paquete que le ofrecía Kenyon.

—Abrelo y lo sabrás.

Peggy rasgó la envoltura, dejando al descubierto el bonito estuche de concha, el cual se apresuró a abrir, dominada por la curiosidad.

—¡Kenyon…! —exclamó, al descubrir el precioso broche que contenía.

—¿Te gusta?

—¡Es maravilloso!

—No tanto como tú —repuso Booth, tomándola delicadamente por los hombros y besándola en los labios, con mucha suavidad.

Peggy le miró a los ojos.

—Kenyon...

—¿Qué?

—¿Sigues enamorado de mí?

—¿Es que no se me nota?

—Kenyon...

—¿No vas a invitarme a entrar?

—Es que..., es que estoy esperando a otra persona. Las pupilas de KenyonBooth emitieron un centelleo. —¿Otra persona? —repitió, esforzándose por disimu-lar su contrariedad.

—Sí.

—¿Un amigo?

—Sí.

—¿Significa mucho para ti?

—Bastante.

—Entiendo.

—Kenyon, yo...

—No, no digas nada, Peggy. Es evidente que yo sigo sin interesarte.

—Te aprecio mucho, Kenyon.

—Pero no me amas.

El. silencio de la joven fue harto significativo Kenyon dio un suspiro y preguntó:

—¿Cómo se llama?

—¿Quién?

El tipo de quien estás enamorada.

—Dave; DaveSheldon.

—¿Piensas casarte con él?

—Si me lo pide, es posible que sí.

—¿Es que no te ha hablado de matrimonio?

—Todavía no.

—Quizá sólo desee pasarlo bien contigo.

—No lo creo, él también está enamorado de mí.

—No te querrá tanto como yo, de eso estoy seguro. —Lo siento, Kenyon.

KenyonBooth forzó una sonrisa.

—No te preocupes, en el fondo yo me había hecho a la idea de que nunca serás para mí.

Peggy se mordió el labio inferior.

—Toma el broche, Kenyon.

—¿Me lo devuelves...?

—Sí.

—¿Por qué?

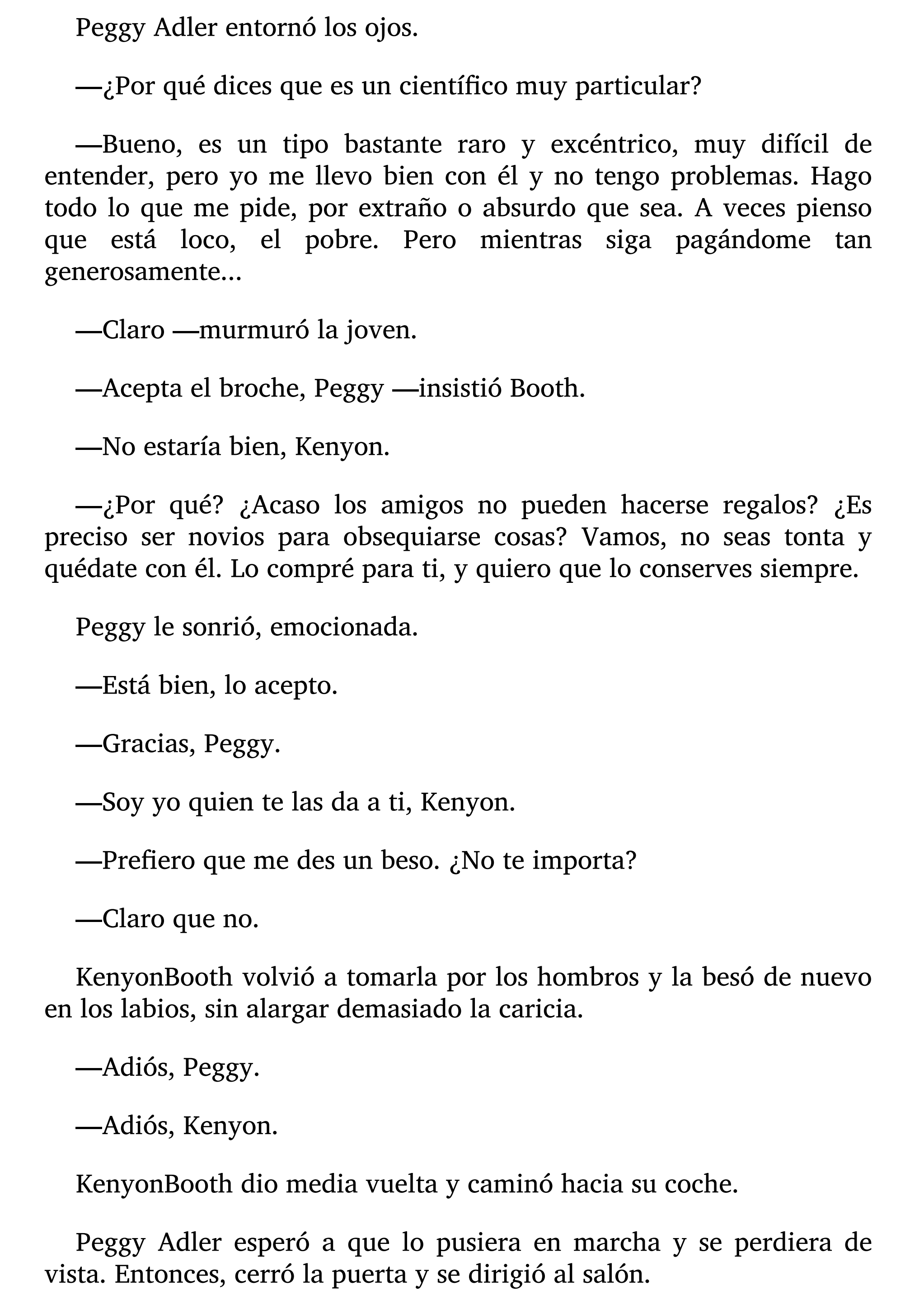
—No puedo aceptarlo, es muy valioso, y tú...

Booth la interrumpió con una sonrisa.

—Sé lo que estás pensando, que he tenido que hacer un gran sacrificio para comprártelo.

—¿Y no es así?

—No, Peggy. Desde hace algunas semanas trabajo para el profesor Amstrong, un científico muy particular, pero que paga espléndidamente.



Peggy Adler entornó los ojos.

—¿Por qué dices que es un científico muy particular?

—Bueno, es un tipo bastante raro y excéntrico, muy difícil de entender, pero yo me llevo bien con él y no tengo problemas. Hago todo lo que me pide, por extraño o absurdo que sea. A veces pienso que está loco, el pobre. Pero mientras siga pagándome tan generosamente...

—Claro —murmuró la joven.

—Acepta el broche, Peggy —insistió Booth.

—No estaría bien, Kenyon.

—¿Por qué? ¿Acaso los amigos no pueden hacerse regalos? ¿Es preciso ser novios para obsequiarse cosas? Vamos, no seas tonta y quédate con él. Lo compré para ti, y quiero que lo conserves siempre.

Peggy le sonrió, emocionada.

—Está bien, lo acepto.

—Gracias, Peggy.

—Soy yo quien te las da a ti, Kenyon.

—Prefiero que me des un beso. ¿No te importa?

—Claro que no.

KenyonBooth volvió a tomarla por los hombros y la besó de nuevo en los labios, sin alargar demasiado la caricia.

—Adiós, Peggy.

—Adiós, Kenyon.

KenyonBooth dio media vuelta y caminó hacia su coche.

Peggy Adler esperó a que lo pusiera en marcha y se perdiera de vista. Entonces, cerró la puerta y se dirigió al salón.

Con paso lento.

Pensativa.

* * *

DaveSheldon detuvo su coche frente a la casa de Peggy Adler.

Mientras salía del auto y se encaminaba hacia ella, se preguntó cómo le recibiría la muchacha.

De uñas, seguramente, aunque él esperaba apaciguarla pronto.

Un par de besos bien dados, y Peggy se tornaría dócil y cariñosa.

Tan dócil y cariñosa corno poco antes de que el comisario Stamp realizara aquella llamada tan inoportuna como necesaria.

Había sido maravilloso besar sus jugosos labios y cubrir de caricias su espléndido cuerpo, totalmente entregado.

Sí.

Realmente maravilloso.

Y volvería a serlo.

Absolutamente convencido de ello, DaveSheldon hizo sonar el timbre.

Mientras esperaba, se dijo que si Peggy tardaba demasiado en abrir, lo de saltar por la ventana sería un hecho.

Por fortuna, no fue necesario.

Peggy abrió cuando todavía no habían transcurrido treinta segundos.

Estaba seria, pero bastante menos de lo que Dave esperaba.

—Hola, Peggy —carraspeó el oficial.

—Te dije que no volvieras —recordó ella.

—Pero yo sabía que no hablabas en serio.

—Hablaba muy en serio.

—También dijiste que no me abrirías, y me has abierto a la primera.

—Para evitar que rompieras el cristal de la ventana y saltaras por ella.

—Tú sabes que yo nunca hubiera hecho eso.

—Claro que lo hubieras hecho.

—¿Tan salvaje me crees...?

Peggy no respondió.

Dave emitió otro carraspeo y rogó:

—Déjame entrar, Peggy.

—No.

—Vamos, no seas injusta conmigo. Tú sabes que hice lo que como buen policía estaba obligado a hacer. Y fue una suerte, ¿sabes?

Peggy apretó los labios.

—¿Tan malo piensas que hubiese sido hacer el amor conmigo?

—No digas tonterías.

—¿Por qué dices que fue una suerte, pues?

—Porque, justo cuando yo pasaba por delante del Parque Zoológico, camino de la comisaría, llovió torren cialmente sobre ese área concreta. Pocos minutos después, la lluvia cesaba repentinamente y buena parte de los animales del zoológico sufrían el tipo de mutación que tú ya conoces.

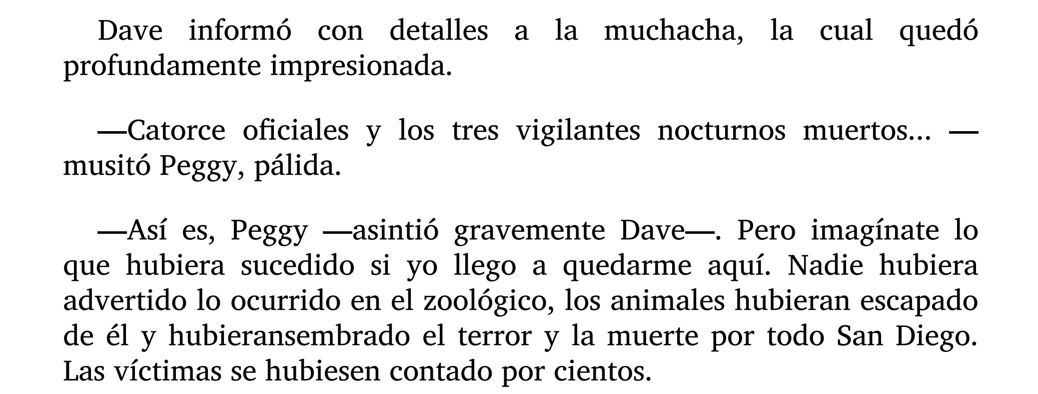
—¡Cielos!

—Fue horrible, Peggy, créeme.

—Pasa y cuéntamelo todo, Dave.

—Gracias.

Peggy cerró la puerta y llevó a Dave al salón, sentándose ambos en el sofá.



Dave informó con detalles a la muchacha, la cual quedó profundamente impresionada.

—Catorce oficiales y los tres vigilantes nocturnos muertos... —musitó Peggy, pálida.

—Así es, Peggy —asintió gravemente Dave—. Pero imagínate lo que hubiera sucedido si yo llego a quedarme aquí. Nadie hubiera advertido lo ocurrido en el zoológico, los animales hubieran escapado de él y hubieransembrado el terror y la muerte por todo San Diego. Las víctimas se hubiesen contado por cientos.

La muchacha se estremeció perceptiblemente.

—Fui una tonta, ahora me doy cuenta.

Dave la abrazó cariñosamente.

—Sabía que al final lo comprenderías —dijo, y la besó en los labios.

Peggy le devolvió la caricia.

La mano de Dave se deslizó por la abertura de la bata y acarició los muslos femeninos.

Peggy apretó las rodillas y separó su boca de la de él.

—Dave...

—¿No deseas que te acaricie, Peggy?

—Claro que lo deseo.

—Lo sabía —sonrió Sheldon, y la besó de nuevo, al tiempo que avanzaba decididamente con su mano.

Peggy se separó bruscamente de él y le obligó a sacar la mano de allí.

—Estáte quieto, Dave.

El oficial denotó desconcierto.

—Pero ¿no acabas de confesar que deseas mis caricias...?

—No quiero que me pase lo de antes.

—¿A qué te refieres?

—Me pusiste a punto y luego…

Dave sonrió.

—Esta vez podremos llegar hasta el final, te lo aseguro…

—No; querrás marcharte en cuanto yo te diga que…

Dave arrugó el entrecejo.

—¿Qué tienes que decirme, Peggy?

—Algo muy importante, Dave.

—Habla, me tienes en ascuas.

Peggy se mordisqueó los labios y murmuró:

—Creo conocer el nombre del científico loco que crea esa lluvia diabólica, Dave…

CAPITULO XII

El rostro de DaveSheldon reflejó incredulidad.

—¿Que tú…?

Peggy Adler dio una cabezadita.

—Sí, Dave.

—Pero…

—Se llama Amstrong; profesor Amstrong. Lo que no sé es dónde vive. Pero no será difícil averiguarlo, ¿verdad?

Dave, que seguía perplejo, inquirió:

—¿Qué te hace pensar que…?

Peggy le refirió su conversación con KenyonBooth.

Dave se acarició el mentón, pensativo.

—Podría ser ese profesor Amstrong, sí… —murmuró.

—Claro que puede ser —dijo Peggy.

—¿Dónde tienes el listín videofónico?

—En seguida te lo traigo.

Peggy se levantó del sofá y fue por el listín, el cual entregó al oficial.

Dave lo hojeó.

No tardó en encontrar el nombre completo del científico, así como su domicilio.

Se llamaba Marcus Amstrong, y tenía su laboratorio en el límite sur de la ciudad.

—¿Vas a llamarle? —preguntó Peggy.

—No, sería un error. Hablaré personalmente con él —respondió Dave.

—No pensarás ir solo, ¿verdad?

—Sí, voy a ir solo.

—Puede ser peligroso, Dave. .

—Tendré cuidado, no te preocupes.

—¿Por qué no se lo cuentas todo al comisario Stamp? —sugirió Peggy.

Dave sonrió.

—Voy a enfrentarme a un hombre, Peggy, no a un ejército.

—No vas a enfrentarte a un hombre, sino a un loco —puntualizó la joven—. Un loco con mucho poder.

—Ya te he dicho que actuaré con precaución.

—Preferiría que actuases con sensatez —rezongó Peggy.

Dave la rodeó con sus brazos.

—Tranquila, no me sucederá nada —dijo, y la besó en la boca.

Peggy le correspondió.

La mano de Dave se introdujo por entre la bata y aprisionó el seno izquierdo de la joven.

Peggy interrumpió inmediatamente el beso y le miró.

—¿Qué estás haciendo, Dave?

—¿Es que no lo ves? —sonrió el oficial, esmerándose en las caricias.

—Creí que ibas a ir al laboratorio del profesor Amstrong... antes.

—¿Antes de qué?

—De hacerme el amor.

—Puedo ir después.

—No, es mejor que vayas antes.

—¿Por qué?

—El amor no se debe hacer con prisas.

—Estamos de acuerdo.

—Anda, saca tu mano de ahí.

—Déjame que te acaricie unos segundos más.

—No, que ya me estás poniendo tierna otra vez —repuso Peggy, y le obligó a retirar la mano.

Dave le acarició el cabello con la otra mano.

—Prométeme que me esperarás así.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—En bata, y sin nada debajo.

—¿Nada...? —sonrió maliciosamente Peggy—. Pues parece que tu mano sí encontró algo.

Dave rió.

—Tienes razón, hay mucho debajo.

—Anda, lárgate ya.

—Volveré.

—Ya veremos si te dejo entrar —bromeó Peggy.

—Claro que me dejarás.

—No estés tan seguro.

—Salta a la vista que hemos nacido el uno para el otro.

—Es posible.

—¿Un besito de despedida, cariño?

—Te lo debo.

—No me gustan las deudas —dijo Dave, y pegó su boca a la de ella.

Peggy se dejó besar.

Tras el beso, Dave se despidió de ella y abandonó la casa.

* * *

Minutos después, DaveSheldon frenaba su coche frente a la casa del profesor Amstrong.

Una casa grande, antigua, aunque bien conservada.

Las luces exteriores estaban apagadas, y tampoco se veía luz en su interior.

Dave cogió su rifle y salió del auto.

Caminó hacia la puerta, sin confiarse lo más mínimo.

Hizo sonar el carillón.

Pasaron dos minutos y nadie acudía a abrir.

Dave repitió la llamada.

Transcurrió otro minuto más.

De pronto, la puerta se entreabrió, lo justo para dejar ver el rostro enjuto de un hombrecillo, de unos cincuenta y tantos años, de desordenada cabellera plateada, que usaba lentes de alta graduación y se cubría con una larga bala blanca.

—¿Profesor Amstrong...? —preguntó Dave.

—¿Quién es usted? —preguntó a su vez el hombrecillo, con extraño gesto, mezcla de curiosidad y temor.

—DaveSheldon, oficial de policía.

—¿Qué desea?

—Hacerle algunas preguntas, profesor. ¿Me permite entrar?

—¿No podría volver mañana? En este momento estoy muy ocupado y...

—Siento molestarle, profesor Amstrong, pero el asunto que me ha traído aquí no admite demora.

El científico vaciló.

Finalmente, accedió:

—Está bien, pase.

Dave penetró en la casa.

Marcus Amstrong cerró la puerta y encendió las luces del largo vestíbulo.

—Le ruego que sea breve, oficial Sheldon.

—Procuraré serlo, profesor.

—¿Qué es lo que quiere saber?

—Sólo quiero que me diga por qué volvió gigantescos y agresivos a los animales de la granja de los Broner, esta mañana, y a los del Parque Zoológico, esta noche.

Marcus Amstrong enrojeció violentamente.

—¿Que yo...? —balbució.

—Sé que fue usted quien provocó su mutación, profesor Amstrong, con esa lluvia de propiedades diabólicas que usted hizo caer sobre ambos lugares.

—¡Se equivoca, yo no sé nada de eso! —negó nerviosamente el

científico.

—Tengo pruebas, profesor —mintió Dave.

Marcus Amstrong respingó.

—¿Qué clase de pruebas?

—He hablado con KenyonBooth, su ayudante.

—¡Kenyon no sabe nada de mis experimentos, ignora mi descubrimiento! —se delató inconscientemente el científico.

—Más de lo que usted supone, profesor —sonrió fríamente Dave.

Marcus Amstrong, cuyos ojos brillaban ahora de un modo demencial, giró la cabeza con brusquedad y llamó:

—¡«Lobo»! ¡«Sultán»!

Dos perrazos enormes surgieron por el fondo del vestíbulo, soltando unos ladridos que congelaban la sangre.

DaveSheldon levantó velozmente el rifle y comenzó a disparar sobre ellos.

Consiguió abatir a uno de los perros, pero no pudo impedir que el otro cayera sobre él y lo derribara con violencia, haciéndole perder el rifle.

—¡Destrózalo, «Sultán»! —ordenó el profesor Amstrong, corriendo ya hacia el fondo del vestíbulo.

Desde allí presenció cómo el oficial de policía, cuyo antebrazo izquierdo había sido aprisionado por las feroces fauces del perro, extraía su pistola con la otra mano y disparaba sobre el vientre del animal.

El monstruoso can aulló agudamente y se derrumbó, despidiendo sangre a borbotones por los orificios que los plomos habían causado en su vientre.

Marcus Amstrong lanzó una maldición al comprobar que el oficial de policía había conseguido eliminar a los dos perros.

Echó a correr hacia su laboratorio.

DaveSheldon se puso de pie, con alguna dificultad.

Los colmillos del perrazo le habían lastimado seriamente el antebrazo, por donde sangraba profundamente.

No obstante, se lanzó en persecución del científico.

Este ya se hallaba en su laboratorio, repleto de estanterías y de extraños aparatos de su invención.

Atrapó un pequeño frasco, que contenía una sustancia verdosa, y lo destapó.

Tras un leve titubeo, se lo acercó a los labios y bebió el repugnante líquido.

El efecto de la extraña sustancia no se hizo esperar.

Marcus Amstrong lanzó un grito ronco, más propio de un animal, y se tambaleó como un borracho, cayendo finalmente al suelo, donde se retorció violentamente.

Su cuerpo se iba agrandando por segundos.

La ropa y los zapatos le estallaron, incapaces de albergar un cuerpo y unos pies de aquellas dimensiones, y el científico quedó completamente desnudo.

Cuando DaveSheldon irrumpió en el laboratorio, el profesor Amstrong ya era un ser gigantesco y monstruoso, de ojos de fuego y dientes de gorila.

El oficial se quedó clavado.

—Dios... —musitó, horrorizado.

El mutado profesor Amstrong lanzó un rugido de bestia prehistórica y corrió hacia DaveSheldon, dispuesto a hacerlo pedazos.

Dave reaccionó.

Sólo así podría detener al mutado científico.

¿O quizá tampoco...?

Esa impresión dio, pues, pese a tener ya dos plomos alojados en el pecho, Marcus Amstrong no frenó su carrera.

Dave le disparó dos veces más.

A la frente.

El mutado profesor Amstrong sí se detuvo esta vez, con un alarido escalofriante. Se llevó ambas manos a la cara, se tambaleó así unos instantes, y luego se vino abajo.

Quedó boca arriba, el rostro y el pecho cubiertos de sangre.

Estaba muerto.

Poco después, su desnudo cuerpo empezó a empequeñecer, hasta recobrar de nuevo su tamaño normal.

DaveSheldon supo entonces que el trastornado científico había ingerido algún brebaje que contenía las mismas diabólicas propiedades que la lluvia que él hiciera caer sobre la granja de los Broner y el Parque Zoológico.

Sin duda, lo había ingerido para poder así acabar con él, ya que los perros no habían podido.

Maldito loco...

EPILOGO

DaveSheldon llamó al comisario-jefe Stamp, al cual informó brevemente de lo sucedido.

Pocos minutos después, Norman Stamp y tres oficiales se personaban en la casa del profesor Amstrong, así como también una ambulancia.

Mientras el cadáver del científico era retirado por los camilleros, Dave amplió los detalles a su superior.

—No debió venir solo., maldita sea —le recriminó Stamp.

—¿Es que va a echarme la bronca, encima? —sonrió Dave.

—Pudo haber muerto, Sheldon.

—Sólo tengo un rasguño en el brazo.

—¿Rasguño, dice...? ¡Tiene una buena dentellada!

—No exagere, comisario.

Stamp lo cogió del brazo sano y tiró de él.

—Vamos, le llevaré a la enfermería.

—Pero...,

—Ya me ocuparé de todo esto después.

—Como quiera, comisario.

Media hora más tarde, DaveSheldon tenía el brazo vendado y colgado del cuello por un pañuelo.

—Le llevaré a casa, Sheldon —dijo Stamp.

—A casa de Peggy Adler, comisario —carraspeó Dave.

—¿Le parece que está en condiciones de...?

—¿Por qué no? Sólo me han vendado el antebrazo, comisario... —repuso Dave, con maliciosa sonrisa.

—Yo en su lugar esperaría un par de días —gruñó Stamp.

—Si hiciera eso, Peggy me pondría un ojo negro. Ya la he dejado dos veces en una misma noche, Estoy moralmente obligado a acabar lo que empecé, ¿no cree, comisario?

—La herida del brazo puede servirle de excusa.

—¿Y quién desea excusarse?

—¡Al diablo! —barbotó Stamp, dando un manotazo al aire, lo cual hizo reír a Dave.

Minutos después, Norman Starnp dejaba a DaveSheldon frente a la casa de Peggy Adler.

El oficial dio las gracias a su superior y, cuando éste se alejó, pulsó el timbre.

Peggy abría a los pocos segundos.

—¡Dave! —exclamó, al descubrir el amplio vendaje que ceñía el

antebrazo izquierdo del oficial de policía.

Este le rodeó la cintura con el brazo sano y la atrajo hacia sí.

—No te alarmes, no es nada serio —la tranquilizó, antes de besaría en los labios.

—¿Qué ha sucedido, Dave...?

—¿Quieres que te lo cuente aquí, en el umbral de la puerta?

—Oh, perdona. Vayamos al salón.

—¿Por qué no a tu dormitorio?

—Allí ya iremos después.

—Vayamos ahora, y así ya estaremos allí —insistió Dave.

—De acuerdo —accedió Peggy, con una sonrisa.

Fueron al dormitorio y se sentaron en la cama.

—Cuenta, Dave —rogó la joven, impaciente.

El oficial se lo refirió todo.

—Pudiste haber muerto, Dave —musitó Peggy, impresionada.

—Eso mismo dijo el comisario Stamp, pero sólo me mordió un perro —sonrió Sheldon.

—¿De verdad que no es grave la herida, Dave?

—No me impedirá pórtame contigo como un hombre,no te preocupes —aseguró el oficial, tumbándola suavemente sobre la cama.

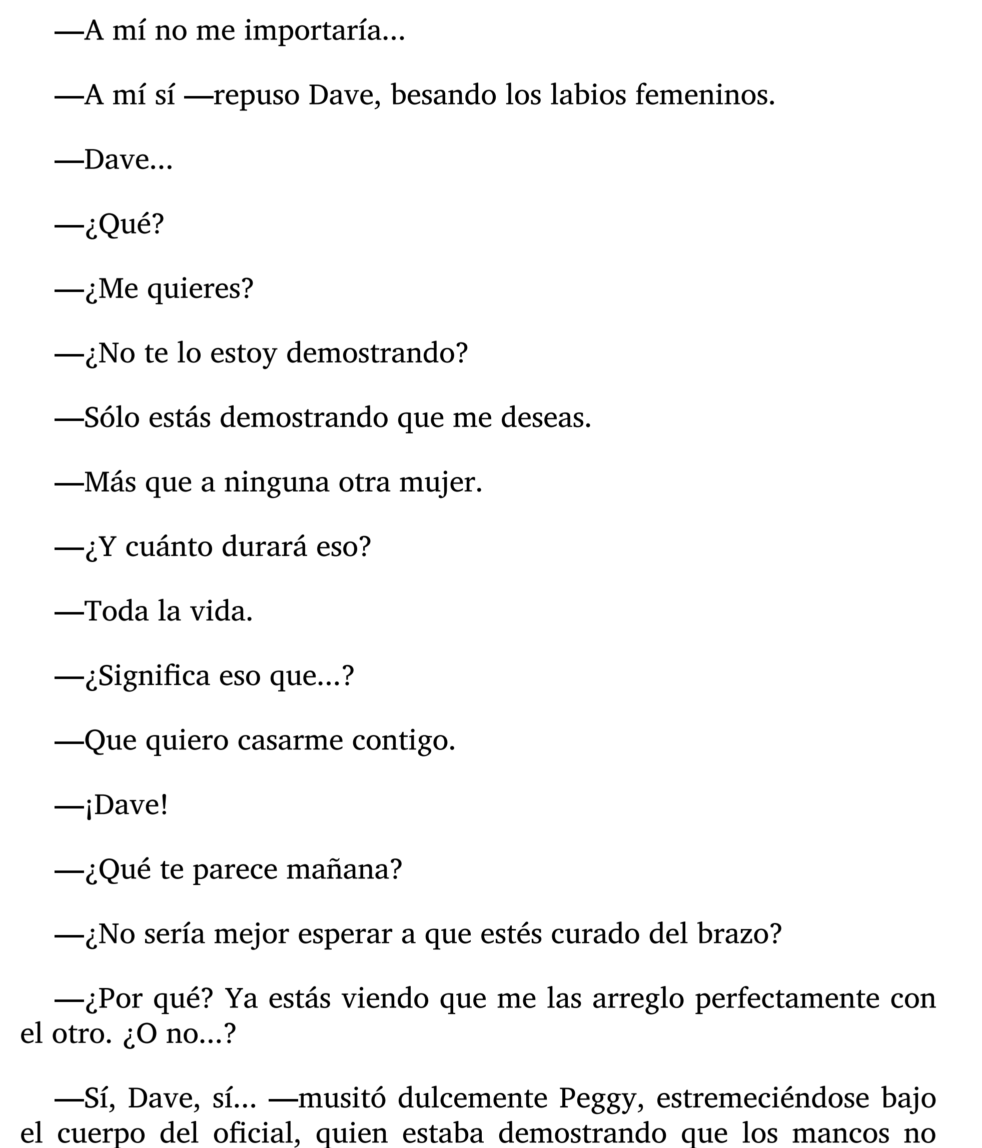
—Dave...

—¿Sí, cariño?

—Podemos dejarlo para mañana, si quieres...

Dave, que ya le estaba soltando el cinturón de la bata, sonrió y dijo:

—No se debe dejar para mañana lo que se pueda hacer hoy.



—A mí no me importaría…

—A mí sí —repuso Dave, besando los labios femeninos.

—Dave…

—¿Qué?

—¿Me quieres?

—¿No te lo estoy demostrando?

—Sólo estás demostrando que me deseas.

—Más que a ninguna otra mujer.

—¿Y cuánto durará eso?

—Toda la vida.

—¿Significa eso que…?

—Que quiero casarme contigo.

—¡Dave!

—¿Qué te parece mañana?

—¿No sería mejor esperar a que estés curado del brazo?

—¿Por qué? Ya estás viendo que me las arreglo perfectamente con el otro. ¿O no…?

—Sí, Dave, sí… —musitó dulcemente Peggy, estremeciéndose bajo el cuerpo del oficial, quien estaba demostrando que los mancos no tienen ningún problema a la hora de hacer el amor.

FIN